

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(CONTINUACION.)

Valdés había visto en París, donde había residido mucho tiempo, los excelentes resultados que daban las Academias particulares de jóvenes, y había establecido la suya, única en Madrid y amenizada por la presencia frecuente de su joven y encantadora esposa.

Muy pronto acudieron á ella jóvenes de todas las fortunas, pero en su mayoría ricas, nobles y elegantes: de esta suerte Paulina que en casa de Andrés parecía una linda joven, fué en la Academia el ludibrio de todas sus compañeras.

Llamábanla Paulina *la mal peinada*, á causa de su cabello basto y encrespado, y no faltó alguna que quiso lucir su agudo ingenio dándole el nombre de *Paulina Erizo*: este apodo, discurrido por una marquesita, causó gran sensación y desde entonces la hija del mozo de tahona no fué llamada con otro.

La pobre niña no tenía en su alma las semillas de esa religión bienhechora que nos hace fuertes contra el insulto; se indignó contra sus malignas compañeras y las llenó de dictérios: pero estas se alborotaron y la llamaron *barrendera de tahona* y *pordiosera*. Furiosa entonces Paulina como una tigre les tiró á la cara la paleta y los pinceles; rompió en mil pedazos su caballete y se les arrojó también, hiriendo á dos ó tres y desgarrando sus manguitos escapó del taller maldiciendo del día en que quiso pintar.

No pensó ni por un instante siquiera en volver á casa de Andrés; sin embargo al acordarse de Mercedes, de su hija, una lágrima humedeció sus enardecidos ojos.

—No quiero volver, se dijo por fin: no puedo hacer mas que comerles parte del escaso pan que

ABRIL.

tienen, porque Mercedes está enferma y la pobreza que les amenaza me horroriza.

Acostóse en la calle y cerca de la media noche sintió que la movían suavemente.

Paulina alzó la cabeza de la piedra que le servía de almohada y miró con extrañeza á la persona que tenía al lado.

Era un joven de aspecto casi pobre, pero vestido con esa elegancia deteriorada que descubre restos de una fortuna mejor, perdida por la disipación.

—Qué me queréis? preguntó ásperamente Paulina.

—Quiero darte un asilo, hermosa niña: ¿cómo te llamas?

—Paulina Erizo; contestó ella sonriendo con amargura.

—Quieres venir conmigo? tornó á preguntar el calavera algo admirado de tan extraño apellido: te llevaré á una casa donde te darán buena comida y buena cama.

—Y me harán trabajar?

—No.

—Y me pegarán?

—Tampoco.

—Pues entonces vamos: tengo hambre y frío; pero antes me moriré en la calle que aguantar que me insulten ó golpeen.

—Te cuidarán perfectamente, vamos.

El calavera arruinado tomó á la joven del brazo y la condujo á una de esas casas en las cuales tantas infelices consumen los mejores días de su juventud: su libertador iba á verla todos los días y la quería con esa postrera pasión de las almas cínicas; mas un día sorprendió á Paulina hablando con otro joven y le clavó en el pecho el estoque de su baston huyendo al instante y librándose con su fuga de la persecución de la justicia.

La desgraciada fué conducida al hospital, y cuando estuvo convaleciente se encontró de nuevo en la calle sin abrigo y sin pan: volvió á la casa donde había sido herida y la halló ocupada por doña Sinforosa, pues su anterior habitadora estaba presa á consecuencia del lance ocurrido con Paulina.

La nueva propietaria de aquel antro de vicios, la recibió con mucho agasajo y la presentó á otra

jóven de su edad que vivía con ella y pasaba por sobrina suya.

Aquella jóven estaba entonces en relaciones con un torero: éste la abandonó por Paulina con la cual se casó.

Siete años despues murió colgado en las astas de un toro en una corrida que tuvo lugar en Sevilla. Paulina volvió á Madrid y en la misma diligencia venia tambien el coronel Eduardo Velez.

Hombre gastado éste, quedó prendado del desenfado de Paulina y de su aliento varonil; y cuando llegaron á Madrid ya llevaban concertado su plan que al instante pusieron por obra.

No bien doña Sinforosa supo la llegada de Paulina, corrió á verla: el coronel la persuadió á que la admitiera en la casa que le habia alhajado, á que la vistiera con decencia, y á que la hiciera pasar por su madre, prohibiéndole decir á nadie que habia estado casada con un torero; y Paulina, que amaba al coronel con ese primer amor fuerte y apasionado, obedeció en todo.

Aun consiguió mas de ella el coronel: á fin de enaltecer su inteligencia la persuadió de que debia recordar sus lecciones de pintura y le compró caballetes, paletas y excelentes modelos; mas Paulina ya no podia trabajar: su azarosa y corrompida existencia habia ahogado en su alma todo sentimiento, toda percepcion de lo bello: lo mas noble que sabia hacer era amar al coronel, quien, por su parte, la queria mas de lo que podia esperarse.

Su corazon hastiado, buscaba el amor mas envilecido y material, del mismo modo que un paladar, estragado por esquisitos manjares, busca alguna vez alimentos groseros y ordinarios.

Completamente desilusionado en cuanto á la virtud de la mujer, por haber sido demasiado feliz en todas sus afecciones, se abandonó al amor brutal de Paulina que al menos tenia la virtud de la constancia y la habilidad de mantener vivas sus sensaciones con sus arrebatos de cólera y sus humildes caricias.

XXI.

LOS DOS AMANTES.

—¿A qué debo hoy la dicha de verte tan temprano, Eduardo mio? preguntó Paulina, cuyo lenguaje se habia hecho culto y elegante por el cuidado que ponía en agradar al coronel.

La jóven, llevada de la vivacidad impaciente de su carácter y sin dar tiempo á Eduardo para contestar á esta primera pregunta, añadió:

—Tú no sueles levantarte hasta las doce, segun me dicen tus criados, y hoy son apenas las diez!

—La misma pregunta pudiera yo hacerte, mi querida Paulina, dijo sonriendo el coronel: tú tambien has madrugado hoy.

—Por lo regular me estoy en la cama hasta la hora en que acostumbras á venir, deseosa de ocupar el tiempo para que se me haga mas corto: mas no logro ningun descanso; pues mil pensamientos tristes me ocupan la cabeza.

—Tu cabeza será siempre de fuego para tu mal y el mio, repuso Eduardo; y ¿sabes, Paulina, por qué está tan acalorada? por la continua ociosidad en que vives; si me quisieras me darias gusto ocupándote en algo.

—Y qué he de hacer? No sé ninguna labor de mi sexo; jamás he trabajado: hoy me hizo saltar de la cama una reyerta entre doña Sinforosa y mi doncella y me asusta lo largo que me vá á parecer el dia; en castigo de haberme quitado el sueño, voy á echar á la calle á esa vieja.

—Espera un poco; dijo el coronel; todavia hace falta aquí esa mujer; no bien se haya terminado el asunto de que vengo á hablarte, puedes despedirla si te place; pues veo que, con tu carácter violento, únicamente viviendo sola estarás bien.

—¿De qué asunto quieres hablarme? preguntó Paulina, cuya índole inquieta, vivaz y egoista se fijó únicamente en lo que le atañía.

—No es asunto mio, repuso el coronel: es de un amigo á quien deseo servir y para conseguirlo necesito de tí.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—El conde D....

—No le conozco.

—No: jamás ha estado en tu casa y es quizá de los pocos amigos míos que tampoco te conocen; vales tanto, Paulina mia, que siempre he tenido orgullo en mostrarte.

Sonrióse Paulina con tanta complacencia como la que siente una mujer de honor al recibir una prueba de consideracion y de respeto.

El coronel prosiguió:

—El conde D.... querida mia, ha sido hasta hace unos dos meses el hombre mas feliz de la tierra, y hoy le creo el mas desdichado de cuantos existen.

—¿Pues qué le ha sucedido?

—No lo sé, aunque me lo figuro.

—¿Es casado?

—Sí; y su mujer, que era un ángel de belleza y de virtud, era lo que constituía la mayor parte de su dicha; poco tiempo hace que en un convite que el conde dió á algunos de sus amigos, entre los cuales me hallaba yo, se enfadó conmigo de un modo increíble, porque sostuve que no habia encontrado en toda mi vida una mujer que valiese mas que otra: jamás he visto defensor mas acérrimo del mérito de las mujeres, sin duda por el extraordinario de la suya, y hoy le encuentro desesperado, abatido y melancólico. El, que antes era tan jovial y tan....

—Habrá descubierto que su mujer tiene amante; dijo Paulina con una carcajada.

—Tal vez, repuso el coronel; y me afirma en esta suposicion el asunto que ha concertado con doña Sinforosa y del cual voy á hablarte.

—Ya te escucho.

—El conde se ha enamorado de una jovencita de vida dudosa.

—Ah! exclamó Paulina con aire de triunfo: al fin todos venís á caer en nuestras redes!

—Ha buscado una persona para que le proporcione una entrevista con ella, y esta persona ha sido casualmente doña Sinforosa.

—Hola!

—Entre ambos se ha convenido que la vieja iría á casa de la niña á rogarle en nombre de una hija que tiene pintora, que se preste por dos ó tres días á servirle de modelo para una Virgen.

—Y cuándo vá á ir doña Sinforosa con esa pretension?

—Ya fué anoche y está todo arreglado.

—Cómo! Sin consultármelo?...

—El conde y doña Sinforosa me pidieron permiso para ello.

—Eso es otra cosa, contestó Paulina, á cuya perspicacia no se ocultaba lo poco que suponen las mujeres de su condicion para los hombres de alta clase, pero cuya alma era tan poco elevada que no se ofendía por ello en lo mas mínimo.

—Todo está arreglado, continuó el coronel: la jóven vendrá aquí á las once. Ya ha dispuesto Pepa, por orden mia, el cuarto de los caballetes; con que vé á ponerte un vestido muy modesto, un traje así... como de pintora muy pobre que mantiene á su madre; el conde vendrá á la una con el pretexto de encargarte un cuadro.

—Voy á vestirme, dijo Paulina levantándose dócilmente; mas de súbito se encendió su frente; lanzaron relámpagos sus ojos y enclavándose con fijeza en el coronel, le preguntó:

—¿Conoces tú á esa jóven?

—Sí, la conozco y tambien á dos hermanas que tiene.

—Son bonitas?

—Nada he visto jamás que pueda compararse á su belleza, repuso ingenuamente el coronel.

—De veras?... Ah! No, no me engañareis! gritó Paulina con voz sofocada.

—Qué es lo que dices, Paulina?

—Tú eres quien se ha enamorado de esa jóven y para engañarme has fingido toda esa historia de tu amigo el conde.

—Es posible que pienses tal cosa? dijo el coronel acariciando entre las suyas las manos de Paulina.

—Es que la matarial rugió esta llevada de su carácter violento y desenfrenado.

Tembló el coronel y quedó mudo de terror, pues conocía que la viuda del torero era muy capaz de egecutar su amenaza.

Paulina continuó:

—Yo no quiero que ames á otra mujer, Eduardo: nadie te quiere en el mundo como yo, y mientras pueda no he de consentir que me roben ninguno de tus pensamientos.

—¡Las once! dijo el coronel al oír la campana de un reloj. Paulina, por Dios fia en mí! en este asunto no hay por mi parte otra cosa que el deseo de complacer á un amigo á quien aprecio.

—Me aseguras que me amas á mí sola? preguntó Paulina recelosa todavía.

—Te lo juro; entre todas las mujeres que he conocido, ninguna hay que valga á mis ojos lo que vales tú.

—Ya no dudo; dijo la jóven en cuyas pupilas se advertía aun cierto sombrío recelo: voy á vestirme: está preparada la pieza de pintar?

—Sí; me ha dicho Pepa que la habia arreglado. En aquel momento llamaron suavemente á la puerta.

—Adelante, dijo Paulina.

—Acabo de llegar con la *señorita modelo*; dijo doña Sinforosa, que apareció en el umbral, con horrible sonrisa.

—¿Dónde está? preguntó Paulina.

—Esperando en la antesala.

—Hacedla entrar en el cuarto de pintar, dijo el coronel y cuidad mucho de que no vea ni á Pepa ni á ninguno de los demás criados: debe creer que sois madre de Paulina y que vivís solas.

—Entiendo; dijo la vieja con una mueca maliciosa, y salió cerrando la puerta.

XXII.

EL MODELO.

Cuando doña Sinforosa salió del aposento en que se encontraban Paulina y el coronel, volvió al primer recibimiento donde se hallaba Blanca sentada en una banqueta y esperando pacientemente.

—Mi hija os ruega, señorita, dijo doña Sinforosa, que paseis á su cuarto de estudio, en tanto que se acaba de vestir.

Blanca siguió á la vieja sin contestar y muy admirada, así de la transformacion que se habia operado en doña Sinforosa, la cual lucía un rico traje muy diferente del que habia llevado á su casa en la noche anterior, como de la poca libertad que la pintora daba á su madre, quien dejaba á las gentes en la antesala hasta que aquella disponia otra cosa.

Doña Sinforosa abrió una puerta y se hallaron en una sala cuadrada y espaciosa que recibía la luz por el techo.

Tres ó cuatro caballetes de diferentes tamaños, colocados en órden, algunas paletas preparadas y cuadros de escaso mérito pendientes de las paredes, daban á aquella estancia un aspecto de taller tan verdadero, que Blanca nada sospechó.

En el caballete mayor habia preparado un lienzo grande, destinado sin duda á pintar la Virgen, para la cual debia servir Blanca de modelo.

—Sentaos, señorita; dijo doña Sinforosa examinando á la jóven con ávidos ojos y presentándole una silla de las pocas que habia en el cuarto.

Sentóse la niña y empezó á examinar con curiosidad los modelos de yeso, pendientes de las paredes, en tanto que la vieja la miraba con sostenida atencion.

En todo el curso de su infame vida no habia visto aquella culpable anciana una criatura parecida á Blanca, ni habia podido imaginar que existiera.

Jamás la juventud, la belleza, la inocencia y la bondad han ofrecido mas divino contraste.

Llevaba Blanca, el mismo pobre vestido de lana color de lirio que el día anterior tenia puesto en su casa: una manteleta de merino negro, elegantemente cortada y guarnecida de anchos flecos,

ocultaba su airoso talle y se cerraba modestamente en su bella garganta, encuadrada con gracia en un cuellecito blanco como sus mangas.

A través de los ampulosos pliegues de su traje y de su manteleta se adivinaba toda la gracia cándida y gentil de su figura: su tez trigüeña y pálida y la ligera nube, que empañaba sus grandes ojos garzos, la acusaban de haber pasado una noche en vela.

Sus cabellos rizados naturalmente como los de Paulina, pero suaves y sedosos, caían en gruesos bucles en torno de su cuello y estaban medio velados por una humilde mantilla de tul liso; mas hasta la pobreza del traje estaba realzada por el encanto natural de Blanca; parecía que ésta había elegido tan modesto atavío para que luciesen mas sus gracias.

Todo era en ella decoroso y suave: sus manecitas estaban cubiertas con finos guantes de piel de un color verdoso, enteramente nuevos, y gracias á uno de sus templados movimientos pudo columbrar el ojo avizor de la vieja el brillante charol de las botas que encerraban sus diminutos pies.

Aun miraba Blanca un busto de yeso colocado en frente de ella, cuando oyó abrir y cerrar con estrépito una puerta y se volvió asustada.

Era el coronel que se marchaba para ir á noticiar al conde que ya tenia allí su presa, y que habiendo oído hablar mucho y muy mal del nido de palomas no tuvo inconveniente en entrar en el taller.

Saludó apenas á la joven y se puso á contemplarla con descaro.

Una ardiente púrpura vistió las puras facciones de Blanca: jamás había soportado durante tanto rato la mirada de un hombre, y aquella mirada la quemaba como una llama y le ocasionaba una insoportable incomodidad.

—Puedo llamarme muy feliz por este encuentro, hermosa niña; dijo el coronel apoyándose familiarmente en el respaldo de la silla que ocupaba Blanca, en tanto que la buena de doña Sinfrosina se retiraba discretamente.

La joven nada contestó: bajó la cabeza aun mas confundida y el terror, la vergüenza y la aflicción sellaron sus labios.

Alentado el coronel con un silencio, que calificaba muy odiosamente, se aventuró á tomarle una mano.

—¡Caballero!... exclamó Blanca levantándose y mirando á Eduardo con dolorosa cólera, al mismo tiempo que retiraba su mano con violencia.

Aquel acento y la mirada de aquellos grandes ojos dejaron absorto al coronel.

Nunca había oído una voz como aquella ni visto una mirada semejante; pues aunque podía contar entre sus hazañas, muchas mujeres buenas seducidas, sin embargo Blanca era el bello ideal del candor y de la virtud.

Todavía no había vuelto de su sorpresa cuando oyó pasos que le eran muy conocidos: era Paulina que salía de su cuarto y venia á desempeñar su papel de artista con la inocente niña.

El coronel se dirigió presuroso hácia la puerta, temeroso de esponerse á un arrebato de celos de Paulina que perjudicase los planes del conde con respecto á Blanca; y ésta, dominada por una invencible timidez, procuró serenarse proponiéndose no volver mas á aquella casa.

El aspecto de Paulina no contribuyó mucho á tranquilizarla: saludóla esta con una dulzura afectada y empalagosa, en tanto que fijaba en ella una mirada celosa y se sentó delante de su caballete.

La viuda del torero iba, sin embargo, vestida como correspondía al papel que debía representar: llevaba un traje de seda muy usado y un cuello blanco; un delantalillo de seda negro y unos manguitos de percalina, para resguardar sus mangas de los accidentes de la paleta, completaban su atavío.

—Gracias, señorita; dijo á Blanca haciendo todo lo posible por dulcificar su acento; la circunstancia de estar algo enferma y tener aquí todos mis útiles de pintura me han obligado á enviar á mi madre para rogaros que viniérais ya que yo no podía ir á vuestra casa.

Blanca guardó silencio: la figura de aquella mujer, delgada, de fisonomía viva y apasionada y de ojos atrevidos y ardientes, le era antipática: contentóse con saludar cortésmente como indicando que podía comenzar cuando quisiera.

—Tened la bondad de darme el velo y luego sentaos; dijo Paulina desprendiendo la mantilla de la hermosa cabeza de Blanca; no es menester que estéis en pie en tanto que diseño la cabeza.

Blanca se sentó en una silla que Paulina había vuelto de frente al caballete y ésta ocupó un sillón que estaba junto á él, sacó los pinceles y empezó su obra.

Poco á poco se fué interesando por la belleza de aquella cabeza de Virgen y el sentimiento de lo bello que estaba casi extinguido en su alma, apareció de nuevo con mas fuerza que nunca.

Corría el pincel de Paulina cuando sonó con fuerza la campanilla y un instante despues aparecieron en el taller el conde D... y el coronel.

—Mi amigo el conde D... quiere encargarnos un cuadro, Paulina; dijo el coronel en tanto que el conde miraba á Blanca con profunda atención.

Paulina les miró con disgusto; por la primera vez de su vida sentía un placer en la pintura.

—Permitidme, señores, dijo que dé algunos toques mas en esta frente y despues abriré mi galería de pinturas para que pueda verla este caballero.

Otra persona que no hubiera sido la inocente Blanca se hubiera reído ó indignado al oír hablar de una galería de pinturas en tan modesta casa y hubiera conocido que la artista buscaba solo un pretexto para salir de la habitación fuese cualquiera la causa que á ello le impulsase; pero aquella infeliz niña, que no conocía el mundo, ni la corrupción de sus habitantes, permaneció inmóvil para que la artista copiase con toda la comodidad posible su hermoso rostro.

—Hace bien vuestra amante en quedarse con

el retrato de esa jóven, dijo el conde en voz baja al coronel; jamás se ha visto mujer de esta clase tan bella y con un aspecto tan inocente.

—Pues de qué clase la creéis? repuso el coronel llevándose al conde hacia la puerta.

—Bah! Bien lo sabeis!

—Creo que estais en un error, conde; dijo el coronel mirando á Blanca con profunda compasion: ¿no sabeis lo que ha costado traer aquí á esta niña?

—Ofrecerla mucho oro, y no la faltará porque me gusta de veras.

—¿Quién os ha dicho que se le ha ofrecido dinero?

—La mujer encargada de conquistarla.

—Pues ha mentido; yo os creia mejor informado; para sacar á esta jóven de su casa ha sido menester un pretexto noble, santo; se le ha hecho creer que hacia una obra de caridad viniendo á servir de modelo á una artista muy pobre, que no podia pagarlo.

—Ja! ja! ja! Qué cándido sois, coronel! exclamó el conde soltando una carcajada nerviosa y amarga: todas las mujeres son Vestales, si se las oye.

—No he oido yo á esta; pero creedme, conde; no habeis emprendido una seducción fácil, vulgar, de algunas horas.... esa vieja infame quiere sacaros dinero de todos modos y os lo exigirá para esa jóven, siendo ella la que se lo guarde! creedme... id despacio.... hay en esa niña algo de santo, que no he visto en ninguna mujer y que á mí mismo me impone!

—Ja! ja! ja! Vais á concluir por enamoraros de ella?...

—Oh! Me hace daño esa amarga risa, amigo mio, vos padecéis, sí; pero no hagais víctima á esa pobre niña de la venganza que estoy cierto quereis tomar de las mujeres en general.

—Pues bien, sí! Yo anhelaba amar, pero no puedo!... odio á las mujeres!

—Voy á abrir la galería, señor conde; dijo Paulina levantándose y luego dirigiéndose á Blanca añadió: podeis descansar un instante, señorita.

Salió Paulina y los ojos del conde se volvieron hacia Blanca que permanecía ruborosa y mirando al suelo: despues se acercó á ella y apoyándose en el respaldo de la silla en que estaba sentada se inclinó por encima de la cabeza de la jóven hasta tocar casi la frente de esta con sus labios.

El alharido de terror de la pobre mujer que se ve súbitamente amenazada de muerte, no es tan amargo ni tan penetrante como el grito que lanzó la desdichada Blanca al ver la osadía del conde: cubrióse de arrebatada púrpura su rostro y en seguida se vistió de una palidez mortal: luego corrieron por sus mejillas abundantes lágrimas y se dirigió á la puerta con inseguro paso.

—Por Dios que no sois poco asustadiza, niña! exclamó el conde, persiguiéndola; y rodeándole el tallo con su brazo quiso detenerla.

Pero Blanca se volvió con rapidez y se escapó de aquel odioso lazo.

—Dejadme! gritó con voz llorosa pero vibrante: quiero volver á mi casa!

—Aun no, repuso el conde; coronel, llamad á Paulina!

—Para qué? preguntó Eduardo que, desde el principio de esta repugnante escena, habia mudado varias veces de color.

—Para que convenza á esta niña de lo que puede valerla mi amor.

—Dejadme salir! gritó de nuevo Blanca mirando á través de sus lágrimas al conde con el mas soberano desprecio y sin dignarse contestar siquiera á sus insultos.

En aquel instante apareció Paulina, quien á la primera mirada conoció lo que pasaba.

—Sacadme de aquí, señora! exclamó Blanca llorando: vos no-me quereis mal... ¿qué os he hecho yo? Sin duda al suplicarme que viniera á vuestra casa no contábais con la presencia de esos dos hombres!...

—Pues qué os han hecho? preguntó Paulina con una sonrisa infame. Este caballero, sin duda, añadió señalando al conde, os habrá dicho que os ama y no veo una razon....

Aquella sonrisa, aquellas palabras traspasaron el corazon y trastornaron la cabeza de la infeliz niña; conoció que habia caido en un lazo y trémula, azorada, casi loca, se puso á gritar con todas sus fuerzas.

—¡Socorro!... Socorro!...

—Eh! tapadle la boca! dijo doña Sinforosa apareciendo en el umbral: delante de la casa se han detenido muchos curiosos y los vecinos de la casa están todos por los balcones.

—Callad! dijo Paulina con imperio.

—No callaré, no! gritó Blanca con mas fuerza y viendo á través de la puerta que tenia abierta doña Sinforosa una ventana en el recibimiento, corrió hacia ella, la abrió con ímpetu y se arrojó hacia afuera.

Mas una mano vigorosa la detuvo. Era la del coronel en cuyos brazos quedó la infeliz niña sin sentido.

—Basta! dijo volviéndose con severo semblante hacia el conde; desde este momento nadie lanzará á esta jóven una mirada equívoca, al menos estando yo delante.

—Dejad á esa mujer! gritó Paulina. ¿Sereis tan necio que os vayais á convertir el campeón de una advenediza?

—Esta jóven es la mujer mas virtuosa que he encontrado! respondió con severidad el coronel: conde, añadió, desistid de vuestros propósitos; os lo aconsejo como amigo.

—Pero os va á cansar el brazo; dijo amargamente Paulina.

—Esta niña no puede permanecer en vuestra casa un instante, repuso el coronel: vé á buscar un coche, concluyó dirigiéndose á doña Sinforosa.

Esta obedeció en silencio: el coronel sin soltar á Blanca se acercó al caballete en que habia estado pintando Paulina y arrancó el lienzo que descubria las facciones de Blanca.

—Nada debe quedar aquí de esta jóven, dijo; y oyendo entonces el ruido del carruaje que llegaba,

salió de la estancia y bajó la escalera con su preciosa carga.

Los curiosos abrieron paso y poco despues de partir el carruaje entraron en la casa los agentes de seguridad pública, cuya intervencion habia ido á reclamar un espectador al oír los gritos de Blanca.

Doña Sinforosa, muerta de terror les informó del suceso; y tanto ella como su supuesta hija, fueron aprendidas y conducidas á la cárcel por escándalo.

(Se continuará.)

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Gula Templanza.

Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin de Celis.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

La mayorazga de Peran, señorita de noble alcurnia, cargada ya de años, de histérico y de rarezas, no sabia hablar mas que de los novios que habia despreciado, porque no eran de nobleza tan antigua como la suya, de los hermosos cabellos que aun conservaba, (y sacudia con cierto coquetismo una enorme peluca roja, que olía á difunto á cien leguas) y de que nunca se habia puesto media que no fuese de seda, ni zapato que no fuese de raso; necesidad con la que coronaba siempre su conversacion cualquiera que ella fuese (1).

Era la otra, hija de un escribano octogenario, alta, flaca y descarnada como un espectro, lo que habia dado motivo para que el pueblo bajo la designase con el nombre de Arenque. Apodo poco poe-

(1) Peran, colina que se encuentra en las cercanías de Candas, y hasta la que llega el mar que forma hoy con ella una gran ensenada. En la falda de esta colina se ven todavía unas ruinas que se supone sean pertenecientes al antiguo monasterio de Santa Cruz, que cita el P. Carvalló en sus antigüedades de Asturias. Peran tenia en tiempo de D. Ordoño I el título de villa, como consta de la donacion que dicho rey hizo de ella á la catedral de Oviedo, debiendo suponerse que el mar invadiendo la costa, ha absorbido lo que antes era villa ó poblacion.

tico pero perfectamente adecuado á la persona que lo llevaba.

Sucedía en aquellos tiempos de rigidez, lo que acontece las mas veces en política, y es; que allí donde el principio de autoridad rayaba tan alto, y tan estrecho era el círculo en que giraba la educacion de la mujer; allí la que se descarrilaba valia por ciento como el gallego valenton.

La escribana era el tipo mas perfecto de esas preciosas ridículas, de esas cultas latini-parlantes:

"Que d'un coup de son art Molière a diffamé."

Tipo casi extinguido desde el momento en que se abrieron para el espíritu de la mujer sendas mas anchas, y en que no tropezó ya con la excomunion en las puertas del templo de la ciencia.

Filida, que así se llamaba la escribana, vestía siempre un raído traje de lana negra guarnecido de vuelos blancos y encañonados. Debía vestir de eterno luto, porque ella segun decia, "no era de este mundo." "Sus pies se resistían á posarse en el cieno del globo terráqueo, y su alma suspiraba sin cesar por volver á su morada primitiva, donde cantaría con los ángeles un eterno epitalamio."

Usando á todas horas de tan altisonante fraseología, no era extraño que aquellos sencillos pescadores viesan en ella un portento, y la mayor parte de las personas que asistían á la velada, inclusa la excelente condesa, contemplaban admiradas aquel torbellino de erudicion, que los envolvía como una nube, y cuyas palabras en su mayor parte incomprendibles ó al menos oscuras, tenían cierto encanto que cautiva siempre á las inteligencias muy limitadas.

Intima amiga de la escribana, era una viudita de cuarenta años que no se cuidaba tanto como su amiga de hojear los libros, pero que estremadamente presumida, poseía en alto grado ese coquetismo empalagoso, esas maneras exajeradas que solo pueden agradar á los espíritus superficiales ó ignorantes, y sin soltar de los labios el nombre de su difunto, flechaba con sus ojos garzos á cualquier quidam con la mayor desenvoltura.

Sobre esta mujer, bastante agraciada todavía, pesaba por desgracia una de esas excomuniones que duran tanto como la vida; su difunto marido era un leproso.

Apesar del convencimiento moral de que no podría jamás levantar el entredicho que pesaba sobre su viudez, Rosario, que así se llamaba la excomulgada, se esforzaba en parecer hermosa y tantos adornos de malísimo gusto hacinaba sobre su traje, que nadie la conocía en Candas sino por el nombre de *Madama Listones*.

Filida, tan sagaz como pretenciosa, ocultaba el pesar de su eterno celibato en sus ideas espiritualistas que le hacían mirar con indiferencia el mundo material; pero la joven viuda, asturiana sencilla que no acertaba nunca á formular una mentira, dejaba conocer á las primeras de cambio su despecho por el pasado y sus pretensiones para el porvenir.

Con semejantes cualidades, dicho se está que las

dos amigas eran por lo comun la *víctima social* de la tertulia de la Sra. Mariscala que toleraba en cierto modo las escenticidades de la de Peran, á la que daba el honroso nombre de prima, merced á su escudo blasonado y á su inmensa riqueza.

Fílida era sin embargo la secretaria, casi la dama de compañía de la Sra. Mariscala; pero Fílida era pobre, y Doña María Escolástica de la Paz que consideraba la pobreza como el estado mas ignominioso, se creia con derecho á burlarse siempre que lo creyese oportuno de la pobre Arenque, que aunque preciosa ridícula, se desvivía por complacer á la señora.

El salón de la velada era un inmenso cuadrilongo, ornado en su derredor de cornupias doradas que sostenian cada una un candelabro de bronce de tres brazos, y que en los dias clásicos iluminaban grandiosamente la estancia.

Este salon sostenido en toda su longitud por gruesas columnas de encina poco pulimentadas, estaba coronado en su testero por una pequeña gradería, especie de trono desde el cual presidia la Sra. Mariscala, reclinada en un ancho y cómodo sitial de damasco carmesí.

Delante del trono estaba colocada una mesita de nogal de pies endeble y torneados á estilo salomónico, cubierta con un tapete de damasco sobre el que se destacaban una gran escribanía de plata, un cartapacio de hule negro, y una lámpara de bronce de antigua y bellísima forma.

En derredor de la mesita se veian colocados cuatro siales carmesí que hacian juego con el que ocupaba la señora.

Estos sitios de preferencia estaban invariablemente ocupados por la Sra. Condesa de Santarúa que hacia media en invierno y en verano á la luz de la lámpara; por el cura párroco de la villa; por el jóven abate, vida y alma de su señora tia, y finalmente por Fílida, que leía en alta voz la gaceta el domingo, que era el dia en que se recibia en Candas, y los seis dias restantes ora leía la vida del santo, ora un auto sacramental de Calderon de la Barca, que recitaba con voz altisonante y apasionado acento.

Su espiritualismo que tan alejada la tenia de las ocupaciones vulgares, la dispensaba de cargar con el huso, gracia especial de que solo disfrutaban la señora y su secretaria.

En cada columna de las que sostenian el salon habia enclavadas dos aspas de madera en cruz, en las que se envolvía el lino y que hacian el oficio de rueca para la parte mas escogida de aquella reducida aristocracia. Al pié de cada columna un sitial sin respaldo donde se sentaba la hilandera, y atravesado sobre las aspas, el huso de palo de rosa con rodaja de marfil, para las grandes damas, y de encina para las que no pertenecian á la nobleza.

Por esta esplicacion habrán ya comprendido mis lectores que en aquella época ninguna dama por elevada que fuese su alcurnia estaba dispensada de hilar, no existiendo mas diferencia que la calidad del huso, de la rueca y del lino.

La mayorazga de Peran, las cuatro señoritas de

Santarúa, madama Listones, la Soberana y la alcaldesa, hilaban en las columnas, luciendo las cinco primeras sus husos de palo de rosa.

La síndica, la camarera de la Sra. y algunas beatas que entonces como ahora encontraban acceso en todas partes, hilaban con la rueca en la cintura, relegadas hacia los pies del salon, tristemente iluminado por un enorme velon de cuatro mecheros, que pendia del florón del cielo raso pintado de azul blanquecino como el de la aurora sobre el mar.

En el centro del salon habia otra mesa con tapete verde, sobre la que se veian dos ó tres barajas y un platillo de esmalte lleno de fichas de marfil.

Era la mesa de los jugadores que ora jugasen, fumasen ó hablaran, alborotaban y reian como si estuvieran en un garito.

Y ¡cosa rara! Doña María Escolástica de la Paz, tan exigente, tan ceremoniosa, hallaba muy en su lugar que los caballeros jurasen y gritasen, echándola de truenos como decimos en nuestros dias.

A las diez en verano y á las ocho en invierno, las señoras recogian su labor, y la tertulia tomaba un aspecto mas animado y sobre todo mas satírico, mas bullicioso y picaresco.

Los chistes, las bombas, los epigramas, se sucedian sin interrupcion, y el jorobado apuraba su ingenio y hacia esfuerzos sobrenaturales para improvisar, animado por las miradas de la Sra. Mariscala, por las ruidosas carcajadas del cura; y por los continuos aplausos de la parte mas ignorante del auditorio.

La síndica, la camarera y las beatas no soltaban la rueca hasta la última hora.

Tal era en 1760, una de las tertulias mas celebradas en Asturias, y que desnuda de todos los encantos que ha prestado á las "soirées" la moderna civilizacion, no era en realidad otra cosa que la "Fila" (1) tradicional que aun se conserva en Asturias en nuestros dias.

(1) "Fila" nombre que se dá en Asturias á las tertulias de la aldea. En las noches de invierno se juntan á hilar todas las mujeres, en tanto que los mozos reunidos en la misma sala juegan á los naipes y enamoran á las mozas; lo que se llama en asturiano "galantear."

En la fila, las novias obsequian á sus prometidos con castañas cocidas á las que dan el nombre de *Corbatas*, y ellos en recompensa les traen de Castilla cuando vuelven de la siega un cordon de seda de colores; lo que ha dado lugar á la siguiente redondilla muy popular en Asturias.

"Fuiste galan á la siega,
Non me truxiste gordonas,
En viniendo les corbates
Maldita la que me comes."

Para los gastos del alumbrado, contribuyen todos los concurrentes con una pequeña retribucion semanal.

IV.

LA DE LOS SIETE DOLORES.

Yo soy el ave
Que á la mañana
Canta suave
En la ventana;
Yo soy la nube
Que al cielo sube,
Y el llanto mío
Es el rocío
Fresco que ves.

Como es mi anhelo
Tan puro y santo,
Bordo en el cielo
Mi rico manto.

N. Serra.

Aunque familiarizado ya el lector con la jóven Elena, conocida en Candás por el poético nombre de "*La de los siete Dolores*" creemos cumplir con un grato deber, ocupándonos de nuevo de nuestra heroína, y penetrando hasta donde nos sea posible los misterios de aquel corazón apasionado y valiente, de aquella alma tan hermosa, tan poética, tan intachable y tan rudamente agitada por las olas del infortunio.

Elena que estaba entonces en todo el esplendor de una juventud de las mas seductoras era una niña triste, poética, ensimismada, que no hallaba en derredor suyo quien la comprendiese y cuya alma elevada se sentia herida sin cesar por el rudo choque del mundo material, donde se encontraba estraña como una planta exótica.

Alma solitaria é incomprensible á su vez para los que la rodeaban, se veia tratada con la mayor dureza por su madre que la consideraba como un fenómeno inútil, y muy miserablemente por la Soberana que la mantenía prestándole Elena en cambio toda su ayuda, para esa raquítica enseñanza que se dá en los pueblos pequeños, y que gasta á la vez las fuerzas físicas y morales de toda criatura inteligente.

Elena encerrada en su concha, como una perla, educada á su manera, pues desde muy temprano habia aprendido á leer perfectamente, buscaba en vano en derredor suyo un alma compañera, un alma que, como la suya se abismase en el infinito contemplando las bellezas de la creacion, y admirando las elucubraciones del espíritu.

Elena comprendia muy bien, que en una esfera superior á la suya, habia seres afortunados, que como ella soñaban mundos desconocidos, anhelando ir siempre "mas allá," pero con una prudencia superior á su edad conocia tambien cuan peligrosas podian ser para ella esas aspiraciones, y queriendo en cierto modo refrenar su orgullo, se repetía sin cesar que la huérfana de un pobre pescador no podia estender su horizonte mas allá de las redes y de los quiñones."

El otoño de 1760 era hermoso, apacible y templado como una primavera y las negruzcas casas de

Candas vertian sus heterogéneas fachadas de doradas ristras de maíz, cuya cosecha formaba con la pesquería toda la riqueza de aquellos sencillos asturianos.

A medida que las noches crecian segun se acercaba el invierno, aumentábanse en la velada de palacio la alegría y el buen humor. Algunos mayorgos de las cercanías cruzaban á caballo valles profundos y senderos pedregosos en el silencio de la noche, solo por venir á tomar parte en los juegos de prendas que ponía la Sra. Mariscala, ó por oír los ex-abruptos de Pepito el jorobado, volviéndose á sus parroquias despues de concluida la velada.

Elena pasaba tristes y solitarias noches en la humilde choza de su madre.

La Polvorosa cansada de las faenas del dia, hilaba cerca del hogar, á la luz del candil, charlando alegremente con su vecina la Relumbranta, hasta el toque de ánimas en que esta recogía su rueca, para ir á rezar el rosario con su hijo único, que habitaba con ella, otra de las chozas que guarnecian la romanesca playa.

Apenas le faltaba la compañía, la Polvorosa empezaba á gruñir renegando de la ineptitud de Elena que ni sabia amasar, ni hilar en forma, ni traficar con las redes sin romperlas, concluyendo por dejar caer el huso y dormirse profundamente, apoyada la cabeza en las ennegrecidas paredes del fogon.

Elena inclinada sobre su labor, guardaba toda la noche un silencio apenas interrumpido por tal cual monosílabo.

Pero al primer ronquido de su madre, la solitaria niña que miraba aquel sueño como providencial, soltaba la rueca ó la costura, se arrodillaba entonando mentalmente un himno de gratitud al Ser Supremo que la dejaba libre algunos instantes para entregarse á sus tareas favoritas.

Llegábase muy quedo á su madre, acomodaba su cabeza lo mejor que podia contra el escaño, y tomando un libro que ocultaba cuidadosamente debajo de su jergon, emprendia su estudio con una fé, con un entusiasmo que se reflejaba en su frente, noble y elevada como la de todas las inteligencias privilegiadas.

Merced á sus relaciones amistosas con la beata que hacia vida penitente en la ermita de S. Sebastian (1) Elena podia ir cultivando su espíritu con nuevos libros que perteneciendo todos al misticismo mas exagerado exaltaban mas y mas su imaginacion ardiente y demasiado predispuesta á la catalepsia.

En la época á que nos referimos, Elena leía las obras de Santa Teresa, y el ardiente misticismo de la doctora, se infiltraba con toda su eficacia en aquel corazón jóven y apasionado, que no encontrando en derredor suyo atmósfera donde respirar, suspiraba sin cesar por otra region desconocida.

Aquella lectura nocturna encontraba siempre á Elena con el estómago vacío, pues la mezquina so-

(1) Hoy derruida.

bra que la Soberana le daba para cena, la dejaba siempre íntegra para su madre, que en su precaria situación, no podía proporcionarse apenas lo mas necesario.

En su principio la pobre jóven sentía por las noches un dolor hondo y desconsolador que le devoraba el estómago. ¡Tenía hambre! Luego, dispuesta á sufrir en silencio antes que privar á su madre de los repugnantes arlequines que dejaba el señor cura, se acostumbió á calmar aquel dolor con un vaso de agua fria, concluyendo por no echar de menos la cena, gozándose en ver la alegría con que su pobre madre hacia los honores á la mesa.

La Polvorosa era una de esas personas crédulas y superficiales que en nada se fijan, y cuando Elena, dejaba intacta la cena, lo achacaba sencillamente á la abundancia de la casa de la Soberana, que como decia cándidamente Gumersinda "gastaba un dineral en la xinta" (1).

Cuando Elena percibía el ruido y las carcajadas de los que salían de la velada, cerraba su libro, despertaba suavemente á su madre y ambas se recogían cambiando apenas algunas palabras.

La Polvorosa gruñidora por costumbre, nunca se acostaba sin reñir aunque no tuviese para ello motivo alguno; y por mas que el hábito debilitase la amargura de las frases que dirigía maquinalmente á su hija, la pobre niña no cerraba una sola noche sus párpados, sin que estuviesen húmedos de lágrimas.

Y no se crea por eso, que Elena, aunque tan callada, aunque tan rudamente tratada, era poco cariñosa para su madre; muy lejos de eso la amaba tiernamente, compadecía su rudeza, y disculpaba siempre sus defectos que achacaba sencillamente á su precaria é infeliz posición.

Una tarde, Elena que recorría distraídamente la playa, vió á su vecino Pedro el Relumbrante, robusto pescador de veinte años ocupado en recoger las redes.

Pedro habia profesado siempre á Elena un cariño purísimo como la brisa que embalsama la afortunada costa de aquellos mares.

Amigos desde la infancia, el pescador se habia enorgullecido siempre en proteger á la huérfana contra los ataques de sus compañeras, que la miraban como un ente curioso y para ellas incomprendible, como la marmota que los infelices saboyanos enseñan por dos maravedís en nuestras ciudades y aldeas.

Elena por su parte profesaba á Pedro un cariño verdaderamente fraternal, pero á medida que los dos niños crecían, el cariño de Pedro cambiaba instintivamente de naturaleza, en tanto que Elena, insensible á los amores sensuales, se entregaba con toda su alma á la meditación y al espiritualismo.

Pedro no perdonaba medio alguno de interesar

á Elena, y de adivinar sus pensamientos los mas secretos. Al verla, fijaba en ella dulcemente sus grandes ojos garzos, en tanto que Elena elevaba al cielo los suyos, grandes, negros, espléndidos, flotando en un mar de fluido.

La tarde á que nos referimos, un pilluelo de playa, se gozaba en martirizar una calandria (1) muy cerca de los paredones del muelle.

Elena fijó los ojos en la inocente avecilla que piaba y aleteaba como un niño herido, y su rostro contraído, sus labios entreabiertos, indicaban claramente lo que pasaba en su alma sensible y generosa por excelencia.

Cediendo al impulso de la compasión, Elena dió algunos pasos para defender á la pobre alondra, pero el temor detuvo sus pasos y el conocimiento de su debilidad, hizo subir á sus mejillas un ligero rubor.

El "Cangrejo" era demasiado robusto, demasiado renombrado por sus fechorías para que Elena se atreviese á medir sus fuerzas con él.

Pedro, que desenredaba sus redes no apartaba un momento sus ojos de aquella escena muda. Vió á Elena hermosa, sentimental, fijos los ojos en las ondas que venían á morir á su pié; la vió luego agitada, palpitante seguir con la vista todos los movimientos de la avecilla; vió el rápido movimiento que hizo para socorrerla, y el pesar con que retrocedía atemorizada por las colosales fuerzas del Cangrejo.

Pedro soltó entonces sus redes y saltando sobre el muelle se lanzó como un tigre sobre Cangrejo, arrancándole la calandria que presentó á Elena con la mas noble galantería.

Desde entonces Elena comprendió todo lo que Pedro la amaba, y creyó que ella tambien debía amar al rudo y gallardo pescador que así prevenía todos sus deseos.

—¡Pedro! ¡le dijo, mirándole fijamente al mismo tiempo que soltaba en el espacio la alondra que acababa de salvar! Dios premia todas las buenas acciones y dá siempre la felicidad á los que le adoran con fé y ejercen sin orgullo la caridad. Yo te agradezco con toda mi alma la libertad de esa pobre alondra que sin tí, hubiera sido cruelmente martirizada. ¡Pero cuánto mas hermosa me parecería si supieras leer!

Al dia siguiente Pedro se alistaba en la escuela de primeras letras, que aunque casi extinguida, continuaba debajo del pórtico de la iglesia, sin que le sirviesen de estorbo sus veinte años.

La madre de Pedro, vecina y antigua amiga de la Polvorosa y que no era otra que la mismísima Relumbranta que hemos citado ya, era una pobre mujer, tan pobre como cariñosa, y que profesaba á Elena un cariño casi filial, gozándose en compartirla siempre con su buen hijo, que aun no le habia dado el primer disgusto.

Hemos dicho que la Relumbranta era pobre, pe-

(1) Xinta—comida de medio dia. Esta voz es derivada de "Yanta" y es voz comun en todas las aldeas y pueblecitos de Asturias, donde el verbo xintan se conjuga en todos sus tiempos.

ro no tanto que tuviese que pasar hambre en ninguna época del año.

Poseía una lancha muy pequeña en la que Pedro verificaba sus correrías, y con el producto de la pesca y el de la rueca, pasaban aunque estrechamente madre é hijo sin deudas, envidias ni pesadumbres.

Desde la escena de la calandria Elena pasaba desvelada una gran parte de la noche y solo cerca ya de la mañana lograba conciliar el sueño.

¿Era un amor naciente? ¿Era puramente un sentimiento de gratitud? No nos atrevemos á definirlo. Elena misma no podía darse cuenta de la inquietud que experimentaba y que la causaba una especie de fiebre; pero se esforzó en creer que debía amar al pescador y tomó por amor verdadero ese sentimiento apasionado que germina en todos los corazones en la primavera de la vida.

Una mañana tormentosa como aquella en que habia perecido "*Boca de mul,*" Elena se despertó sobresaltada á los agudos gritos de su madre que la llamaba con una desesperación imposible de describir.

Elena saltó de la cama medio desnuda y se lanzó hacia la de la Polvorosa que colocada en la misma alcoba estaba á muy pocos pasos de la suya.

—¡Luz, luz! gritaba la Polvorosa pasándose las manos por los ojos.

Elena abrió al momento la ventanilla que daba á la playa por la que entraba los dorados rayos del sol naciente, inundando de luz aquella pobre y honrada vivienda.

—¡Luz! gritó de nuevo la madre de Elena, extendiendo las manos para buscar á su hija.

Elena exhaló un grito terrible y se arrojó al cuello de su madre que, comprendiendo al fin la terrible verdad, se dejó caer sobre la miserable almohada, exhalando un gemido que salía de lo mas profundo de su desconsolado corazón. ¡Estaba ciega!

—¡Santo! ¡Santo, señor! ¡Dios de los ejércitos! ¡Llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria! exclamó Elena cayendo de rodillas al pié del lecho de su madre.

—¡Gloria al Padre! ¡Gloria al Hijo, gloria al Espíritu santo! Añadió la ciega incorporándose en su pobre lecho, y elevando al cielo sus ojos, donde ya no penetraba la luz.

Elena se levantó entonces, arrojándose de nuevo en brazos de su madre, que la cubrió de besos y de lágrimas.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

DE CONTRA GULA TEMPLANZA.

RECUERDOS HISTORICOS.

LA VIRGEN DE SANCHO ABARCA

POR

D^a FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

I.

A la hora en que iba ya de vencida una hermosa tarde de otoño; una de esas tardes apacibles en que los árboles empiezan á despojarse de su amarillento ropaje y replegan su savia en el interior de sus troncos, como presintiendo la proximidad del invierno sin que todavía nos haya abandonado completamente el estío, dos pastores conducían á su choza, situada en el fondo de las Bárdenas, en Navarra, un pequeño rebaño de ovejas.

Era el uno de aquellos dos pastores hombre de edad avanzada; tenia un aspecto grave y su continente parecia mas noble de lo que pudiera esperarse del tosco oficio que ejercía; el otro, por el contrario, representaba muy poca edad: tenia grandes ojos negros, y aunque su tez estaba en extremo curtida por la inclemencia de los elementos, notábase, cuando por casualidad despojaba su cabeza de una montera de pieles que de ordinario la cubria, una frente blanca como el alabastro y tersa y espaciosa como si debajo de ella se cobijase una inteligencia privilegiada.

Aquel jóven era vigoroso y bien formado, y sin embargo podria presumirse á primera vista que su naturaleza no estaba del todo desarrollada. La viveza de sus ademanes contrastaba singularmente con cierta dignidad que parecia ser innata en él.

Mas de una vez el espresado jóven hacia coro con sus alegres canciones, á las aves que como él se consideraban felices en medio de aquellas áridas y solitarias montañas. Lo mismo que ellas habia sentido deslizarse su vida alegre y placentera sin que cupiera en su mente abandonar un solo día el suelo aquel que apenas habia hollado planta alguna, á no ser los bandidos que entonces como ahora, si bien con mayor frecuencia, solian tener allí sus guaridas.

Después de haber replegado sus ovejas, los dos pastores penetraron en la parte de la cabaña que les servía de albergue y en ella vió el jóven con asombro un hermoso cordero, cuyas carnes sonrosadas hubieran escitado el apetito de un buen gastrónomo; pero como él no estaba acostumbrado mas que á una comida en extremo frugal, dió un paso atrás y exclamó dirigiéndose al otro pastor:

—¿Qué es esto, padre mio? ¿no veis? ¡una res muerta dentro de nuestra choza!..

—No te inquietes, Sancho; la he muerto yo para celebrar tu santo; porque has de saber, hijo mio, que hoy cumples diez y ocho años.

Sancho miró á su padre con alguna sorpresa que no carecia de sentimiento.

—Nunca me habeis dicho otro tanto, murmuró cruzando las manos; muchas veces os he suplicado que me dijéis la edad y el nombre que tengo y la patria donde nací.

El viejo pastor se sentó silencioso cerca de su humilde hogar y empezó á remover un tronco que estaba casi calcinado, pero que conservaba aun algunas brasas encendidas; aplicó á ellas varias ramas secas y el interior de la choza se iluminó repentinamente.

—Eres un niño, dijo; ¿no te satisface por ventura el cariño que te tengo y la tierna solicitud que me inspiras? ¡Tú nombre! ¿eres ambicioso y apetece haberte mecido en cuna dorada? ¡Ah! tú no sabes, hijo mio, los sinsabores, las amarguras que hay que sufrir en las posiciones elevadas. Me acusas de haber sido demasiado reservado contigo por que no te he declarado cual es el lugar de tu nacimiento; y sin embargo el espacio es tuyo, eres libre como los vientos que zumban en derredor de tu cabaña. Tal vez quisieras haber visto la luz de tus primeros días en una ciudad populosa... Y para qué? ¿no te dá lo mismo haber nacido entre esas ásperas breñas donde vives en la actualidad?

—Teneis razon, padre mio, murmuró el jóven suspirando; las locas ilusiones de mi fantasia son impropias de mi oscura condicion; pero no me habeis dicho siquiera quien fuese mi madre, ni me habeis revelado nada de cuanto os concierne; ni aun siquiera vuestro apellido y el mio... si es que lo tengo.

—Tu madre fué una buena y santa mujer cuya memoria debes bendecir, aunque no la hayas conocido; y en cuanto á mí, poco puedo decirte, toda vez que en mi vida no hay grandes misterios. Me llamo Sancho Guevara y soy.... tu padre. Quizás llegue el tiempo en que sepas lo demás, y quizás no; pero dejemos esta conversacion y pongamos al fuego nuestra cena, que ya es hora.

El viejo Guevara se puso á aderezar el cordero mientras su hijo avivaba la lumbre, en tanto que se agolpaba á su imaginacion un mundo de ideas á cual mas opuestas.

La mas fija, y que hacia mucho tiempo abrigaba era la de creer que su padre hubiese tal vez cometido en su juventud algun desliz por el cual estuviera él en el mundo.

—En ese caso, decia para sí, respetemos el secreto de mi padre que me quiere con delirio.

En seguida trató de dar á su semblante un aspecto risueño, y dijo contemplando al viejo Sancho que permanecía silencioso y meditabundo.

—Supuesto, padre mio, que hoy cumplo un año mas, y que habeis hecho en mi obsequio el sacrificio de matar este inocente corderillo, justo es que estemos alegres y satisfechos.

¿Quereis que vaya mientras vos acabais de hacer la cena á llamar á nuestro vecino Pablo á la inmediata cabaña? Con él tendremos en nuestra compañía un buen amigo y vendrá á departir con nosotros nuestra cena y nuestro buen humor; ya sabéis que nos quiere y que es alegre como unas pascuas.

—Como gustes, hijo mio; este pobre viejo cifra en la tuya su alegría.

—Sois muy bueno, señor, dijo el jóven Sancho abrazando á su padre.

Acto continuo cojió su pica, ciñóse al cuerpo su honda, que nunca abandonaba, y salió de su rústica vivienda.

II.

Antes de media hora Sancho y Pablo habian dado la vuelta al sitio en que el padre del primero tenia ya dispuesta la cena. Los tres pastores se arrimaron á un banco que servia de mesa, mientras por asiento tenia cada uno un haz de leña. Esta rudeza y falta de comodidades eran cosa muy natural en unos pobres pastores, particularmente en los tiempos remotos á que nos referimos; tiempo que no podemos citar á punto fijo, si bien la fecha en que esto acontecia se sabe de positivo que fué á los principios de erigirse Navarra en reino. La historia de entonces no arroja mayor claridad.

Sentáronse, pues, á cenar, segun llevamos indicado, y ya empezaban á ver satisfecho su apetito, cuando el jóven Sancho levantó de repente la cabeza y dijo:

—Si no me engaña el oido me parece haber escuchado gritos por ahí fuera. ¿Qué será? Todos prestaron entonces su atencion y percibieron que, aunque bastante lejos, se escuchaban clara y distintamente en el silencio de la noche los gritos de una voz femenil que pedia socorro.

—Salgamos, dijo Guevara poniéndose de pié; sin duda serán algunos caminantes extraviados que se habrán visto sorprendidos por malhechores.

—No, contestó el jóven Sancho deteniéndole; yo iré; estoy mas ágil que vos y si os necesito ya os lo anunciarán mi silbato.

En seguida, volviendo á tomar sus armas, cuyo número aumentó cogiendo en su diestra un buen cuchillo de monte, salió resueltamente de la cabaña. Entonces, y á medida que iba acercándose al sitio de donde partian aquellos clamores, abrigó en su ánimo la íntima conviccion de que era una mujer la que los lanzaba y que su riesgo debia ser inminente.

La noche estaba serena y apacible, la luna se ostentaba en todo su esplendor en medio del firmamento plateando aquellas llanuras ó proyectando sus sombras en los espesos matorrales. Sus rayos melancólicos prestaban un aspecto severo é imponente á todos aquellos contornos en medio de los cuales hubiera sentido pavor el hombre de mas corazon.

Sancho no se arredró en manera alguna, siguió impávido su camino, alentado con la esperanza de ser útil á cualquiera que necesitase su auxilio, y en particular si era un ser débil é indefenso.

Los lamentos de angustia se percibian ya muy de cerca cuando acertó á ver una cabalgadura que corría despavorida y que fué á lanzarse en un precipicio.

—Oh! dijo Sancho; no son ladrones los que persiguen á ese pobre animal; sin duda habrá olfateado las huellas de algun lobo y su instinto le ha hecho huir de un peligro sin conocer que otro le amagaba de cerca. Ese animal, sin embargo, debía conducir algun ginete; tal vez una pobre mujer y es necesario salvarla á todo trance.

El jóven echó mano á uno de sus bolsillos del cual sacó un silbato que aplicó á sus labios dejando oír á los de la cabaña el agudo sonido de aquel pequeño instrumento, con el cual sin duda queria hacer entender que habia peligro en las inmediaciones.

Luego empezó á caminar en direccion contraria de la que habia traído la mula (pues era una mula el animal que habia visto) y á pocos pasos que dió vino á tropezar con el cuerpo inerte de una hermosa jóven que yacía sin conocimiento tendida sobre un monton de hojas secas. Un poco mas allá un enorme lobo, negro como el manto que cubria á la que pronto debia ser su víctima, expiaba cautelosamente el momento de arrojarla sobre su presa.

Viendo Sancho el peligro quedó inmóvil durante un breve espacio de tiempo; mas luego, con un valor increíble y con una serenidad admirable, se acercó á la fiera con el cuchillo en una de sus manos y la pica en la otra.

El lobo dejó entonces escapar un prolongado ahullido que resonó en las concavidades de las rocas vecinas y abalanzándose iracundo sobre Sancho trató de hacerle pagar muy cara su aparicion.

Un instante despues la fiera cayó á los piés del jóven arrojando un mar de sangre por la ancha herida que este acababa de abrirle hendiéndole la garganta de un solo golpe.

La jóven, que al mismo tiempo volvía en sí, lanzó un grito de suprema alegría mientras que por una pequeña senda llegaban los otros dos pastores.

Enterado el viejo Guevara de todo lo que habia pasado, dió un abrazo á su hijo con verdadero orgullo paternal y dirigiéndole luego la palabra le dijo:

—Dá tu mano á esa señora y acaba de prestarle tu ayuda. La mula se ha precipitado estrellándose contra las rocas, y es necesario ver en que podemos servir á la que acabas de librar de una muerte segura.

La dama tendió efectivamente una mano torneada y blanca como la nieve, á cuyo contacto tembló, si bien de un modo casi imperceptible la callosa y ennegrecida que el jóven Sancho la ofreciera. Luego se puso de pié, y pudo distinguirse en ella, alumbrada por la luna, que lucía en todo su esplendor, una figura arrogante y magestuosa que á la vista de los atónitos y sencillos pastores tomaba mayor realce y adquiría nuevos y mas poderosos encantos.

La angélica belleza de su rostro, y el rico trage que vestia, hubieran hecho creer que era la diosa tutelar de aquel pequeño desierto en que los tres residian. Sancho la miraba sin pestañear, absorto y sin pronunciar una sola palabra.

—No es cosa de estar aquí mucho tiempo, dijo

entonces el viejo Guevara que habia notado la admiracion de su hijo; venid á nuestra cabaña, señora; allí no se acercan los lobos.

La jóven se estremeció, recordando el peligro que habia corrido, y pronunció algunas palabras con una voz que resonó en el corazon de Sancho con la mas dulce y agradable melodía.

—Sí, sí; llevadme á donde gustéis; este jóven me ha salvado con un valor heroico y yo debo estarle obligada durante toda mi vida; me fio de vosotros é iré á donde me lleveis. Así como así, mis dos fieles acompañantes han debido perecer en las sinuosidades de este triste pais.

La desconocida tenia que cruzar la senda escabrosa que conducia directamente á la cabaña, y Sancho balbuceó algunas palabras rogándole que se apoyase en él y que se dejara conducir.

La jóven tomó el brazo de Sancho y todos ellos se pusieron en marcha sin que una sola palabra viniese á turbar el silencio que reinaba en aquella augusta soledad. Solo al entrar en la choza los tres pastores dejaron escapar una exclamacion de sorpresa al ver en todo su esplendor el rico vestido que aquella llevaba debajo de su manto, y que estaba cubierto de estrellas de oro que deslumbraban la vista, alumbradas por la llama de la hoguera encendida en medio de la cabaña.

La dama que notó su admiracion trató de tranquilizarles con frases bondadosas y benévolas.

—Esta noche, dijo, habeis salvado mi vida y quiero aseguraros desde hoy un porvenir risueño. Llegaos, jóven: ¿habeis estado alguna vez en la corte?

—Nunca! respondió Sancho suspirando y lleno de rubor.

—Deseais ir á ella?

—¡Oh! lo he soñado tantas veces... ¡lo he deseado tanto....!

—Entonces....

—No le hagais caso, dijo el viejo Guevara tomando parte en la conversacion; mi hijo tiene tambien sus ilusiones de niño, que como tales suelen tambien desvanecerse. Nosotros en medio de nuestras rudas faenas, somos tambien muy felices. ¿No es verdad, hijo mio?

—Sí, sí; respondió el jóven lenta y trabajosamente, como si le fuese penoso afirmar lo que en realidad no sintiera.

La desconocida que no apartaba de él sus ojos, se volvió hácia el sitio en que estaba el viejo y le miró con fijeza.

—Paréceme, le dijo, que vuestros modales y vuestras palabras no están acordes con la estreñada pobreza, en que os veo. ¿No apetecéis nada para vos ni para vuestro hijo?

—Nada, contestó Guevara un tanto conturbado.

La dama que se habia sentado en el único banco con honores de mesa que habia en la choza, quedóse un rato meditabundo y luego exclamó con dolorido acento.

—Por mas que procuro contenerme no puedo soportar por mas tiempo la idea dolorosa que viene á torturar mi imaginacion. Escuchadme mis bue-

nos amigos: ¿habeis oído hablar alguna vez de la princesa Tenda?

—Mucho! respondieron los tres pastores á una voz.

—Nos la han pintado como la mujer mas hermosa y mas buena del mundo; añadió el jóven Guevara con verdadero entusiasmo.

La desconocida dejó escapar una lijera sonrisa y le dijo:

—Os parecería mucho mas bella que yo?

Sancho bajó sus ojos y no supo qué contestar.

—Vamos, respondió; volvió á decir la jóven algo impaciente.

—No sé, señora, murmuró Sancho con timidez; nos han dicho que esa princesa era muy hermosa; pero no un ángel como vos me lo pareceis.

Tornó á nublarse el rostro de aquella beldad desconocida, la cual continuó:

—Os preguntaba si conociais á la princesa porque ella os ha conocido ya á vosotros y os debe la vida. La princesa Tenda soy yo.

Los tres pastores se quitaron rápidamente las gorras de pieles que cubrian sus cabezas é hicieron un profundo acatamiento.

—Cesad en esas demostraciones, volvió á decir la princesa con la misma dulzura que antes; os he dicho que una idea me está mortificando, y voy á explicaros la causa. No hace muchas horas que obligada á cruzar las Bárdenas, pues marche con direccion á Jaca, dos fieles y nobles vasallos míos venian alegres y satisfechos en mi compañía. La noche nos sorprendió en un camino estraviado, y unos lobos que nos salieron al encuentro pusieron en dispersion á nuestras cabalgaduras. ¿Qué habrá sido de mis dos leales servidores? Daría mis mas preciadas joyas por verlos en salvo y sin embargo temo que hayan sucumbido.

Sancho se dirigió silencioso al rincon en donde habia depositado sus armas, y fué á salir de la cabaña.

—Dónde vais? preguntó la princesa.

—A salvarles si es tiempo todavía.

—Pero vos os espondeis; vos....

—¿Qué importa? respondió el jóven melancólicamente; mi vida vale muy poco comparada con la de esos señores que tanto interés os inspiran. Dejadme partir, señora.

—Os dejaré; pero con una condicion: ese buen hombre que está á vuestro lado, es todavía jóven y robusto, yendo los dos juntos será menor el peligro.

—Sí, dijo Pablo; marchemos en su busca.

Y ambos salieron de la cabaña dejando al viejo Guevara en compañía de la princesa.

(Se continuará.)

YA ERA TIEMPO.

Á MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO PUBLICISTA D. JOSÉ FERRER DE COUTO.

Si pretendéis que el universo os crea dignos del lauro en que ceñís la frente, que vuestro canto enérgico y valiente, digno tambien del universo sea.

QUINTANA.

Triste ¡oh patria! gemia,
Y mis dolientes ojos
Lágrimas abundosas derramaban;
Mi herido pecho respiraba enojos
Porque entonces veia,
Que los hijos del Africa insultaban
Al leon español; aquel que un dia
Agitó furibundo la melená,
Y al rugido se alzó la patria mia,
Y temblaron las águilas del Sena.

Yo, de la edad pasada,
Los héroes recordé; con noble anhelo
De tu historia las páginas brillantes
Ansioso recorrí; ¡ah! cuán ufano
Latió mi corazón, patria adorada.
Bendita inspiracion demandé al cielo
Y pulsando la cítara olvidada
Con atrevida mano,
De tu dichosa edad desgarré el velo;
Y ráuda descendió á mi mente inquieta
La inspiracion sublime del poeta.

De la antigua Sagunto,
Nacion invicta de memoria ilustre,
El valor admiré; Africa altiva
Quiso adquirirla con bastardo ruego,
Mas los hijos de Samos valerosos,
De heroismo inmortal las almas llenas,
En pos de sus instintos generosos,
Mejor quisieron entregarse al fuego
Que besar del tirano las cadenas.

Quiso la torpe Roma
Uncir al carro de sus largos triunfos
A la España infeliz; Galba fiero,
Alarde haciendo de su fuerza mucha,
Al noble Viriato desafia,
Ruge y combate el valeroso ibero,
Muere Vitilio en la sangrienta lucha,
Y de Roma triunfó la patria mia.

Esa patria gloriosa
Que valiente triunfó del enemigo,
Lloraba silenciosa
La inconstante fortuna
Del rey afeminado don Rodrigo.
Sus grandezas holló la media luna,
Que el feroz mahometano
Llega sañudo, y lo esclaviza todo;
Y en las aguas del manso Guadalete
Se hunde vencido nuestro reino godo,
Del poder musulman, siendo juguete.

La noble España á sus valientes hijos
Invoca con fervor; sola y vencida,
Daba quejas al viento entristecida

Daba quejas al viento entristecida
En las tinieblas de la noche oscura,
Oyó la voz del inmortal guerrero
Que de la noble Asturia en los confines
Al aire alzando el formidable acero
Con frenéticas voces le decía:

"No temas, patria mía!
Aún te resta un puñado de valientes,
Que de esta guerra santa al noble grito
Serán terror de las moriscas gentes:
Porque á la sombra del pendon bendito
Emulos del honor con noble saña,
Sabrán morir ó rescatar á España.
Enjague el llanto quien cobarde llora,
Pues la afligida patria que ahora gime
Ha de mirar con risa triunfadora
Tu faz hermosa, libertad sublime."

Dijo con roneo acento,
Y alzóse el pueblo de venganza rayo
A la enérgica voz del gran Pelayo.
El valor se renueva
En los hijos del grande Recaredo
De Covadonga la profunda nueva,
Los héroes de la patria abandonaron,
Y al Dios de los combates invocaron.
Salió el arma del godo con denuedo
Y tremolando altivo sus pendones
En brava lucha y desigual pelea,
A las huestes de Alcama numerosas
Derrotaron de Asturias los leones;
Alzó la patria la abatida frente,
Y el genio celestial de tus victorias
Cruzó triunfante la azulada esfera,
Orgulloso dejando por do quiera
Altos recuerdos de tus santas glorias.

Hoy el Africa osada
Ha insultado á tus hijos valerosos,
Y hoy al Africa van; dame tu fuego
Divina inspiracion; hoy victoriosos
Tornarán otra vez; patria adorada,
Dios ha escuchado el fervoroso ruego
Que elevastes á él, llegó el instante
Que á tus pasados triunfos asegura
Otras victorias mas; suena en mi oído
El acento sonoro
Del guerrero clarín; hoy dando ejemplo
Pisas el campo infiel, hoy verá el moro
Que el ibero león la garra asoma,
Y será de mi Dios un nuevo templo
La mezquita profana de Mahoma.

Jamás mi humilde canto
Tus hechos callarán; no, patria mía,
Mi pecho henchido de entusiasmo late,
Y el alma exenta de mortal quebranto
En su delirio ansía
La vigorosa inspiracion del vate,
Y el genio celestial de la poesía:
Sus! españoles, sus! sois caballeros,
Nacidos en el campo de batalla,
Tremolad orgullosos los aceros,
Que tiemble de pavor esa canalla;
Después los trovadores
Cenirán de laurel la noble frente
Del que venza en la lid; ganad la gloria,
Que es eterna la fama del valiente,
Y es eterno el laurel de la victoria.

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

Habana: 1860.

ROMANCES.

ALIATAR.

1º

Volaba que no corria
Aliatar en su caballo,
que mas lo impele que el bruto
su corazon esforzado.
De azul y negro vestido
iba altivo y publicando,
celos, que affigen al alma
y muerte, para curalos.
Una lanza de dos hierros
blandía la diestra mano,
y en la siniestra la adarga
que del sol toma sus rayos.
"Nadie, gritaba, me tenga
"que hemos de ver en el campo,
"si cual galanteas lidias,
"si cual amante eres bravo.
"Si á Melindora entregaste
"tus joyas y tu retrato,
"por tu retrato y tus joyas
"á la muerte le abrí paso.
"Si quieres vengarla, vuela,
"que estoy, Tarfe, descaído
"probar como tus injurias,

"la pujanza de tu brazo.
A Tarfe encuentra y le embiste,
él le acomete bizarro;
que no hay como amor y celos
para hacer los hombres bravos.
En dos terribles encuentros
los dos ilesos quedaron,
mas en el tercero, Tarfe
quedó rendido y postrado.
Faltó la pujanza al bruto
y vino al suelo rodando,
y quedó, mal que le pese,
en poder de su contrario.
Que fué en batallas piadoso,
y en las justas siempre humano,
cortés con sus enemigos
y dispuesto á perdonarlos.
Mas no en batallas de amores
ni por los celos punzado,
pues los celos no se curan
sino con sangre y estragos.
Llega y le penetra el pecho,
abriéndole libre paso
á la vida y los amores,
que en un punto terminaron.
Airoso volvió Aliatar
las riendas á su caballo,
después de tomar venganza
y castigar sus agravios.
En la mora por ingrata,
y en Tarfe por temerario.

2º

Brillaba en el alto cielo
la blanquecina Diana,
cuando Aliatar recorria
los umbrales de su dama:
aquí por la vez primera,
repite, me robó el alma,
y aquí entre gratas cadenas
me la dejó aprisionada.
¡Cuántas dichas y placeres
en este sitio gozaba,
que envidiar pudiera el cielo
y envidia á la tierra daban!
¡Cuántas veces de sus labios
entre perlas y entre grana,
escuché á par de suspiros,
"Melindora te idolatra!"
¡Cuántas veces de sus ojos
las halagüeñas miradas,
cual dos agudas saetas
me traspasaron el alma!
¡Y cuántas ¡ay! en sus brazos,
mas blancos que nieve ó plata,
goceé del amor mas puro
que de una fuente las aguas!
¿Quién igualó en los torneos
mi gentileza y mi gala,
cuando sus dedos de armiño
mi turbante engalanaban?

¿Quién de mi rica marlota
 igualar pudo la franja,
 que mas pareció que puesto
 en ella el oro brotaba?
 ¿Y quién corrió mas gallardo
 á presentar á sus plantas,
 las sortijas y las cintas
 en las carreras ganadas?
 Todo mi amor fué ventura:
 todo mi amor fué constancia:
 en mi amor no hubo deseo
 que amor no lo coronara.
 Mas ¡ay! que un alevé amigo
 vendiendo mi confianza,
 en mi amor puso el deseo
 y en él labró mi desgracia.
 Le brindó nuevos amores;
 nuevas caricias prepara
 y de una mujer amante,
 hizo una mujer ingrata.
 ¡Mas qué mucho si en sus pechos
 siempre habita la inconstancia
 y en engaños y traiciones
 son listas y aleccionadas!
 Yo le di muerte ofendido
 sin saber que hería mi alma,
 y en ella acabó mi vida
 que ella mi vida guardaba.
 No es Aliatar afligido
 el que á tus umbrales clama,
 no es un mortal, ni el amante
 que tan rendido te amaba.
 Es un espectro medroso;
 es una triste fantasma;
 es mi sombra, que á tu sombra
 sigue y por dó quier la llama.
 Vuelve, Melindora mía,
 vuelve y te verás vengada,
 que Aliatar murió contigo
 cuando en tí clavó su daga.
 Así dijo y de sus ojos
 dos torrentes se desatan;
 y en tanto el cielo abandona
 la blanquecina Diana.

JUAN M. DE ARRAMBIDE.

ROMANCE.

ZORAIDA Ó EL JUICIO DE DIOS.

Desde aquel infausto día
 que el palacio de la Alhambra,
 se manchó con sangre ilustre
 que derramó una venganza.
 Era pasada una luna
 que con su disco alumbraba
 las contiendas y disturbios
 de la morisca Granada.
 En Santa Fé mas que nunca
 lucía la confianza,
 y sus preciados guerreros
 mas que nunca la mostraban.
 Era una noche sombría
 y en el real se miraba,
 á acreditados continuos (1)

(1) Continuos; Guardias del Rey.

fiada la confianza.
 Cuando se vió de improviso
 cuatro sombras que llegaban
 con sus corceles del diestro
 y á salir determinadas.
 —¿Quién vá?—Haced que adelante
 el alférez de la guardia,
 dijo una de las sombras
 que al parecer comandaba.
 —¿Quién es? repitió cuitoso
 el que la puerta guardara,
 y el encubierto se acerca
 y le dice estas palabras:
 "Alcaide de los donceles
 "es el que atento te habla,
 "que salir quiere á la vega
 "con los tres que le acompañan."
 —"Guárdate Dios, capitán;
 "salid, pues, que la Atalaya
 "paso franco os dejará:
 "aunque espondeis vuestra fama."
 —"Con Gonzalo y el Pulgar;
 "dijo el alcaide: una hazaña
 "que se aventaje á las suyas,
 "tenemos determinada."
 Y montaron y salieron,
 y hácia la vega marchaban
 respirando placenteros
 el aliento de las auras.
 La tenue luz de la aurora
 por las informes montañas
 aparecía auyentando
 la oscuridad que vagaba.
 Y aguijando presurosos
 por entre frondas y zarzas,
 en su valor confiados
 á la ciudad se acercaban.
 Cuando al torcer una senda
 vieron que se adelantaba
 hácia los cuatro, un ginete
 envuelto en nevada capa.
 Verlo, y correr á su encuentro
 un instante solo pasa,
 y el ginete se detiene,
 ó su hacanea se para.
 Con dulce voz dolorida,
 voz de mujer contristada,
 "si sois, dijo, caballeros;
 "atended á mis plegarias.
 "Sola, triste, á la ventura,
 "vengo á implorar desolada
 "el esfuerzo y la asistencia
 "para el ama que me manda.
 "Que dé esta carta á un guerrero,
 "se me ordena y se me encarga,
 "que de los tercios cristianos
 "es el lustre y es la fama.
 "D. Juan Chacon se le nombra,
 "y urge tanto, que pasada
 "la hora en que se le cita,
 "se consuma una desgracia.
 "Yo Zaruyemal me llamo;
 "soy de Zoraida una esclava;
 "y con mi vida la sirvo;
 "y la sigo con el alma."
 El valeroso caudillo,
 "yo soy Chacon" afirmaba:
 y recibió la escritura
 que así estaba redactada.

A tí que de Cartagena

eres señor, humillada
 te engrandece y te saluda
 la desvalida sultana.
 Eres tú de los valientes
 el valiente de mas gala;
 que desvalidos bendicen;
 y menesterosos hallan.
 Mi honor ha sido manchado
 por viles lenguas que ensayan
 contra mí su alevosia,
 sus mentiras y acechanzas.
 Estoy á prueba de duelo
 al Juicio de Dios librada,
 en mi inocencia segura,
 y en tu lanza y en tu espada.
 Ven pues; te espero, cristiano;
 ven con tres de tu mesnada,
 pues siendo tres de los tuyos
 no desoirán la demanda.
 Ven y vengarás la sangre
 de Aben-Hamet derramada
 para mi oprobio, y deshoura
 de mi estirpe pura y clara.
 Por mi dame conducidos
 encontrareis ropas, armas,
 que de Arabes os disfracen
 y caballos de batalla.
 Ven, Chacon: en tí confía
 la desgraciada sultana.

Chacon con ánimo osado,
 esta escritura mostraba
 á sus bravos compañeros,
 que ostentaron su arrogancia.
 Y á partir se dispusieron,
 para aceptar la batalla;
 Zaruyemal los conduce
 á la suntuosa alcada.
 De oro y púrpura guarnida
 de Musa lujosa estancia;
 sus trajes y sus caballos
 trocaron allí y sus armas.
 Y animosos se encaminan
 á la opulenta Granada;
 penetraron presurosos
 hasta la tétrica plaza.
 Donde la triste proscripta
 su cadalso ya ocupaba,
 y con nubes pavorosas
 el sol sus luces velaba.
 Por no presenciar un hecho
 que envuelve estupor y audacia;
 "Sultana, dijo Chacon;
 "hoy á tus plantas se hallan
 "cuatro bravos berberiscos,
 "que en tu defensa, proclaman
 "contra traidores impuros
 "tu inocencia calumniada.
 "Di, reina hermosa, si aceptas;"
 y ella que bondad derrama
 acogió la oferta al punto
 por su doncella guiada.
 Los cuatro bravos guerreros
 al circo al punto se lanzan,
 y con los mantenedores
 la cruda batalla traban.
 Y entre los agudos ecos
 de trompas, con furia rara,
 con sus lanzas y caballos
 á sus contrarios desarman.
 Allí confiesan rendidos

que su acusacion fué falsa;
que Zoraida es inocente;
y Musa así lo relata.
Tornaron á Santa Fé,
y tan brillantes hazañas
publicaron ardorosas
Las cien trompas de la Fama.

JUAN M. DE ARRAMBIDE.

A JULIETA.

EN SU ALBUM.

Ornan tu frente serena
sedosos y negros rizos;
son, mi bella nazarena,

corona de tus hechizos.

Sobre una pálida faz
que diera á la luna enojos,
mensajeros de la paz,
brillan hermosos tus ojos.

Tus ojos, niña, que admiro
porque son del sol destellos;
por eso cuando los miro
ay! temo quemarme en ellos.

Y en su fuego me abrasará
cautivo de su altivez,
si luego no contemplára
la frescura de tu tez.

Sufre la lozana flor
los rigores del estío,

porque mitiga su ardor
del alba el fresco rocío.

La nítida rosa brilla
de la luna al resplandor;
luce tu nivea mejilla
de tus ojos al fulgor.

De esos tus ojos que admiro
porque son del sol destellos;
por eso cuando los miro
ay! temo quemarme en ellos.

Si son los ojos, mujer,
espejo del corazón,
ay! tu alma debe ser
tan bella como ellos son.

EDUARDO GALLUZZO.

LA MUJER DE SU CASA.

NARRACION

POR D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

Sapiens mulier edificat domum suam: insipientes destruant quocumque manibus destruent.

SALOMON.

Oid una anécdota cuyos hechos sirvieron no hace mucho tiempo de base para que Aristides, jóven abandonado y licencioso, pudiera levantar el edificio de su felicidad.

Todo el mundo sabe que Madrid es presa terrible hace muchos años, así como todas las ciudades populosas, aunque la capital de España en mayor escala que las demás, de una masa flotante de individuos, á lo que parece sin responsabilidad social, sin carácter determinado, sin modo de vivir conocido, en fin, los cuales forman la estadística de vagos; pues bien, á este número pertenecía con gran delectación suya el protagonista de esta historia cuando corría el año de 1850.

Era una mañana del mes de Enero. El sol empezaba á deslizar sus tibios rayos sobre el lecho de tejas, donde en los crudos días de invierno se estiende como una gran sábana la pudibunda nieve descendida de las nubes, cuando un jóven de 20 á 25 años, cuyo semblante se veía surcado por las huellas del dolor, atravesaba una de las principales calles de la coronada villa con paso incierto y mirada indecisa, con labios enjutos y sin otro abrigo que un ligero gaban gris de entre-tiempo, que le sirviera de resguardo para su cuerpo, y un aéreo pañuelo de lana con que cubría la boca y parte del rostro. En el Madrid despreocupado rara vez se paran mientes en los trages que cada individuo adopta para su uso, y mucho menos en las crudas madrugadas de la estación de las nieves en que los transeúntes reducen su cuerpo á la mas mínima espresion, aun debajo de una capa de paño bur-

do, convirtiendo las narices en higo prensado, á favor de un retal de lana ó de piel de nutria, así es que á nadie llamó la atención la ligereza de prendas de nuestro jóven, ni mucho menos el arroboamiento á que se veía entregado, ni los suspiros débiles que de minuto en minuto se exhalaban de su corazón.

Este era Aristides Lagarza. Fué opulento en vida de sus padres, poseedores de una fortuna inmensa que él y un hermano suyo se habían dado buena maña á derrochar en solo cinco años que llevaban, la mayor parte de ellos de lisonjera orfandad, si tal desdicha puede encontrar lisonjas en la suerte; pero el protagonista de esta historia aun poseía restos de un tesoro, que acaso le era desconocido: estos se reducían á la sensibilidad que afortunadamente conservaba en su corazón, herido por los desengaños y maltratado por los dardos que arroja la vida de la disipación y de los vicios.

Aristides despues de discurrir vagamente por diversas calles y plazas, llegó al punto de partida de su caminata, parándose de repente frente á la puerta de una modesta casa de la calle de Santa Isabel. La puerta aun no estaba abierta; el jóven dió tres pausados golpes, y pocos instantes despues el balcón del cuarto tercero se abrió apareciendo en él una mujer de bastante edad, la cual así que advirtió quien era el que llamaba, bajó con la presteza que le permitían sus años, abriéndole pasó, y previa la vulgar salutación de "felices," que Lagarza pronunció con voz balbuciente, ambos personajes silenciosos subieron á una habitación reducida y de aspecto humilde.

—Al fin te veo, hijo de mis entrañas! exclamó la sexagenaria apoyando su mano familiarmente sobre un brazo del jóven.

—Y en qué estado! murmuró Aristides estendiendo sus manos hácia un brasero de hierro que contenía media docena de doradas ascuas. La anciana, ante cuya presencia se hallaba Aristides con la timidez y el desasosiego de un reo delante de su juez, era su ama de leche, que muchas veces

habia lamentado sus estravíos, dándole sanos consejos.

—Madre Ana, dijo el joven despues de haber permanecido algunos momentos en silencio.—Vengo á tu casa tan temprano porque te necesito.

—Has hecho bien en buscarme, porque no en vano acudirás á mí si de algo puedo servirte.

—Soy muy infeliz! exclamó Lagarza cruzando las manos y mirando al cielo. Mi esperanza se nubla; mi ventura ha huido: solo me resta la resignacion y un átomo de confianza en el porvenir.

—Habla, hijo mio! no me atormentes con esa dilacion en tus palabras. Tu ventura es mia. Soy asimismo partícipe en tu dolor.

—Pues bien; sabe mis desgracias. Hace cuatro meses que ví desaparecer como por encanto los últimos residuos de mi fortuna, que no ignoras era cuantiosa. El fausto y el lujo, por cuya pendiente me habia deslizado sin sentir; mi inesperienza en las empresas bursátiles en que tomé participacion; mi vanidad excitada en el gran mundo, donde acostumbándome á la farsa que le caracteriza, derrochaba cantidades crecidas por satisfacer mis pueriles caprichos; las exigencias de las mujeres de quienes me veia rodeado; y la vanidad indisculpable, en fin, de sobresalir y de distinguirme en todo, fueron absorbiendo lenta y paulatinamente mi caudal; y despues, al quererle reponer, al intentar indemnizarme de lo que habia perdido, turbado por el maléfico pensamiento del juego, fuí al Casino, donde la impunidad del delito me autorizaba para cometerle, y tres golpes inesperados, terribles y decisivos vinieron á sumirme en la desesperacion, abriéndome las puertas de la miseria. ¡Lloras, Ana! murmuró interrumpiéndose el joven. Ah! tú siempre has tenido buen corazon!

La anciana enjugó con las yemas de los dedos dos ligeras lágrimas que se destilaban entre las arrugas de sus mejillas.

—Sigue, mi Aristides, sigue; le dijo: me atormento porque has sufrido; me consuelo, porque esta leccion debe servirte de mucho para en adelante.

—A los pocos dias de este suceso, mi infelicidad habia llegado á su colmo; un vértigo se apoderó de mí; pensé por primera vez en el suicidio; pero aun me restaba un último recurso. Se me ocurrió escribir á mi hermano á quien yo juzgaba feliz y en la opulencia en Nueva-York, á donde le condujo el desórden de sus deseos; pero á la mañana siguiente recibí una carta de aquel punto. Un amigo leal y desinteresado, de esos que tanto escasean en esta época, porque el inmoral tráfico de nuestra sociedad ha acabado con las emanaciones del alma, me escribia una carta humedecida con lágrimas.... Tú, mi buena madre, sabes lo demás.... Mi hermano habia muerto, solo, desamparado y miserable, y aquel amigo habia cerrado sus ojos! ¡él habia recibido su postrer suspiro! Yo no podré olvidar jamás el nombre de este joven generoso, á quien no conozco personalmente.

Perdida la última esperanza, me ví precisado á depositar en el Monte de Piedad la única alhaja

que conservaba de precio inestimable para mí; era aquel anillo con que adornó mi mano la mas virtuosa de las madres, que trocó la tierra por la mansion de los justos pocos dias despues.

Al llegar á este punto de su relacion Lagarza enmudeció; inclinó la cabeza sobre el pecho para ocultar su emocion: sus ojos no derramaron ni siquiera una lágrima, porque su cabeza estaba seca; pero veíanse marcadas en su faz las muestras del mas intenso dolor.

Ana tambien lloraba.

—Acaba, hijo mio, le dijo; y no llores. Enjugo sus ojos, y para animarle añadió: mírame á mí y haz por imitar mi tranquilidad.

Aristides, por último, impelido por una fuerza superior, se levantó y con aparente resignacion tendió una mano á la anciana que le escuchaba atentamente.

—Madre Ana, hace muchos dias que vago sin norte y sin guia por los alrededores de Madrid; sin casa, hogar ni familia, ni mas abrigo que el que ves, y sin otro recurso que el que me dispensa el acaso. Yo, que no ha mucho me veia cercado de amigos aduladores, no hallo hoy uno que me ampare, ni una buena voluntad que me ayude, ni tan siquiera unos labios que me consuelen; solo tú, á quien en mis dias de bonanza he olvidado, me oyes con cariño: tu bondad satura mi alma desolada y hace soportable mi situacion. Yo lo esperaba así, porque te conocia: en todos tiempos has sido la madre del huérfano, y hoy si me das hospitalidad en tu albergue por unos dias hasta tanto que yo me presente á un banquero en cuyo escritorio han ofrecido emplearme, serás mas que mi madre, mi salvacion, mi providencia!

Las palabras de Lagarza hallaron eco en el corazon de la anciana. En aquel depósito de inagotable caridad, no habia mas que un deseo. El corazon de la madre Ana se transmitió á sus labios; y abrazando á aquel hijo pródigo, le ofreció su casa, su frugal mesa y quantos bienes poseia. Aristides en el fondo de su alma bendijo á Dios, de quien en las turbulencias de su vida habia desconfiado, y abrazando tambien á la anciana vió renacer la esperanza en su corazon.

—Ahora, le dijo esta, acuéstate en mi cama, hijo mio, en tanto que mi nieta vuelve, que no debe tardar. Ella, alivio de mi soledad, es la que gobierna esta casa. Nos hará chocolate; arreglará tu ropa, y no podrás menos de admirar su virtud, con la que vivo encantada. Ha ido, segun costumbre, á vestir á un niño de una vecina que se halla enferma de gravedad y no cuenta mas que con el auxilio de las buenas almas. María la consuela diariamente; y no contenta con tener mi casa como el oro, arregla la suya y cuida de la doliente, y además de su hijo.

—Qué alma tan noble! murmuró Aristides. Voy pues á usar de tu ofrecimiento. Mis miembros están transidos!

—Vé; hijo mio, vé; mi lecho te hará recordar el tuyo.

—Sí, buena madre. Hace quince dias que he re-

posado, ora en un pajar, ó ya en medio del campo; ya ves si tengo por qué quejarme!

Ya sabe el lector que la señora Ana habia criado al jóven Aristides; pero no debe ignorar que esta virtuosa mujer, en vida de los padres de aquel, desempeñó en su casa tambien el cargo de ama de llaves, siendo apreciada por todos á causa de su bello carácter y de sus honrosas cualidades.

Segun La Bruyère, "la pobreza carece de muchas cosas; pero la avaricia carece de todo." La buena Ana habia sido completamente feliz porque no la tentó jamás el demonio de la avaricia. Se contentaba con los salarios que ganaba legítimamente; y por el contrario del tipo descrito por Alfonso Karr, comprendia que habia nacido para servir, y no se escusaba jamás de llenar respetuosamente sus deberes, teniendo presente la máxima del Catecismo de que "los criados deben haberse con sus amos como quien sirve á Dios en ellos."

El trabajo es el capital mas productivo que existe. Él multiplica las nobles satisfacciones de la vida, y la señora Ana habia observado siempre esta máxima, transmitiéndosela en su niñez á María su nieta, que perdió á su madre al darla á luz, habiendo visto fallecer hacia algunos años á su padre, hijo de la señora Ana, el cual dejó encomendada aquella niña angelical á su abuela, que era su único deudo en el mundo, y una corta pension de la real casa con que ambas vivian, por haber sido empleado aquel en el patrimonio de Fernando VII. Así estos dos seres veian transcurrir dichosos, María los amenos dias de su juventud y Ana el ocase de su vejez, sin conocer las desdichas que pululan sobre la tierra, porque en su retirado trato del mundo la tierna niña solo se ocupaba en la labor de la costura, cuyo producto cubria el reducido presupuesto de aquella casa, y en las ordinarias y breves faenas de la misma. María era en fin una cándida flor cuyo perfume aun se hallaba reconcentrado en su capullo; una alma pura; una paloma oculta á las sagaces miradas del alcotan, y la sexagenaria Ana, un perfecto crisol de honradez que se deleitaba con la vista de su nieta, como el ruiseñor en el estío cuando baña sus alas en las linfas del arroyo, exclamando orgullosa mas de una vez:

—Mi María tiene pocos años y ya es una verdadera mujer de su casa.

Habia pasado un mes: Aristides, presa todavía de los resabios de la vida muelle é indolente á que siempre estuvo entregado, permanecia ocioso en casa de la señora Ana, la cual atendia á su cuidado compartiendo con él su reducida mesa.

Nada hay mas aterrador para el hombre que se vé sumido en la desesperacion, que el tiempo, futuro en que no se espera poder contrarestar el mal que corroe su existencia; pero cuando las muertas ilusiones se reaniman mediante una sonrisa de la suerte, las lágrimas del triste se olean á los rayos del sol de la esperanza, el pasado es un sueño, el presente un triunfo, y el porvenir un bello panorama que miramos por la óptica del deseo. Este fenómeno frecuente habia hecho huir la duda del

pecho de Lagarza reanimándose su ser bajo la influencia de un "mas allá" que vagaba por su imaginacion, sembrado de encantos y placeres como justa compensacion de las desdichas que experimentaba.

María tenia suspendida la admiracion del jóven Aristides con su amor al trabajo y al recogimiento, con su modestia estremada, con aquel encanto virginal de la flor escondida entre juncias y hojas de malvas que exhala un suave y penetrante perfume. Su conducta y su sistema de vida; sus inocentes gustos; sus instintos generosos; su belleza y aquella aureola de virtud que bañaba su frente, arrancaban cada dia del pecho del jóven una nueva emocion misteriosa y desconocida.

María cuidaba escrupulosamente de su anciana abuela, interpretaba siempre los deseos de Lagarza con gran tino, atendia al arreglo y cuidado de la casa con una prontitud inconcebible, y aun la quedaba tiempo que dedicar á los enfermos y desvalidos, así como para ocuparse de la costura.

He aquí, reflexionaba un dia Aristides contemplando á María, que con un humilde vestido de percal y un pañuelo á la cabeza que hacia resaltar mas su hermosura, limpiaba los muebles despues de haber barrido la reducida vivienda: he aquí una sensacion que yo nunca he experimentado!

—No se fatiga Vd? la interpeló.

—Jesus! fatigarme! estoy muy acostumbrada á estas faenas y me sirven de ejercicio. Todas las mañanas abro este balcon para que se renueve el aire en la casa, y al mismo tiempo que purifica esta atmósfera, humedece mis sienes, vivifica mi cuerpo; y cuando me siento á descansar me hallo doblemente ágil y en un estado de salud tal, que si alterara esta costumbre de seguro enfermaria.

Aristides quedó encantado de aquella respuesta. En aquel instante sus ojos se fijaron en la fachada de la casa de enfrente. En la sala de un cuarto segundo, que desde aquel sitio se dejaba ver con claridad, ocupábase otra jóven en el aseo de la misma.

—No dirá Vd. que no tiene imitadores.

María se sonrió: el huésped advirtió entonces que aquellos balcones estaban cerrados herméticamente.

—Esa señorita, dijo María, carece como yo de criada, y barre y sacude el polvo....

—Sí, de incógnito; repuso el jóven.

—No abre nunca los balcones, añadió la niña, porque no quiere que la vecindad la vea, y dice que tales ocupaciones son indignas de una persona de su clase. Resulta, sin embargo, que yo la veo todos los dias y Vd. la ve ahora, y como nosotros los demás.

—Pero en cambio, dijo Lagarza, el polvo que levanta como no halla salida, se vuelve á posar otra vez sobre los muebles....

María volvió á sonreirse y el jóven se dijo á sí mismo:

—He aquí los estragos de la vanidad!

Aristides, sin embargo, al luchar todavía con los gratos recuerdos de sus lisonjeros dias, se habia identificado tanto con aquella vida, que algunas

veces tenia el atrevimiento de considerarse feliz.

Cuando en la mesa aparecia un guiso de pescado y patatas ó una cazuela de arroz á la valenciana compuesto por la jóven cocinera, no hubiera Arístides trocado aquellas viandas por el mejor plato de L'hardi ó de la cocina del aristócrata mas gastrónomo de la corte. Cuando su hastiado espíritu buscaba reposo en aquella sencilla cama compuesta de un jergon de paja y un ligero colchon de lana antigua, pero cuyas sábanas de basta tela causaban celos á la nieve por su blancura, Arístides pensaba en María su ángel bienhechor, y cerrando sus párpados se entregaba tranquilamente al sueño que en otro tiempo no habia podido conciliar en lecho mullido de plumas. Cuando veia, en fin, su escasa ropa blanca limpia como los chorros del oro y planchada por aquellas manos que servian de mágico resorte para responder á todas las necesidades de la casa, el pecho de Lagarza exhalaba un suspiro de agradecimiento, renegaba de su pasado y pensaba regenerarse para lo porvenir, descubriendo delante de sus ojos un faro luminoso que le mostraba la dulce paz de la existencia, el camino del bien, la aurora de la felicidad.

Este astro brillante era María, la mas pura realidad de un sueño benéfico, el encanto de los sentidos del jóven, y espejo de virtud diáfano y trasparente.

Así se deslizaban los dias, y el jóven gozoso con el apacible bienestar que le habia deparado la virtuosa Ana, se olvidó de los propósitos que abrigara alguna vez de proporcionarse ocupacion honrosa en una casa de comercio. Además existia una razon poderosa para que Arístides retardara su separacion del oscuro albergue á donde le habia conducido el destino.

(Se continuará.)

REVISTA PARISIENSE.

Paris 28 de Febrero de 1860.

Aun resuena en mis oidos el prolongado y bullicioso eco del carnaval parisiense, que á modo de histérico ritornelo repiten con tristes clamores las campanas de *Nôtre Dame*, recordando á los fieles que todas sus alegrías se convierten en polvo. Pobre humanidad!....

Qué es esto? Quién ha visto á un novelero ponerse tético y sermonear á guisa de abate?

"¿Quién sois vos—me diria con razon el último sacristan de aldea—que osais vestir la sotana sin licencia eclesiástica? ¡Vaya enhoramala el polichinela á danzar por los corredores de los coliseos ó por los estrados de la elegancia y se mete á predicador!"

Al escuchar tal reprimenda, yo que siempre he respetado el vestíbulo del templo, tiro sin mas dilacion las férulas de moralista no sea que algun malicioso me aplique aquel famoso adagio:

Harto el diablo &c.
se metió fraile.

Zapatero á tus zapatos....

El mundo es un continuo carnaval, un teatro inmenso donde cada prójimo representa mejor ó peor su respectivo papel: este á la francesa, el otro á la italiana, el de mas allá á la rusa.

Oh! no hay duda: cuando se cubre el rostro entonces se descubre la verdad. ¡Por vida de.... Héteme aquí otra vez filosofando.

¿Y quién no ha de filosofar cuando todo convida á ponerse meditabundo?

El carnaval de París no es este año el carnaval del pasado. Lo que va de ayer á hoy! Lo que influye la maldita política en las diversiones!

No hace mucho el carnaval de París era digno émulo del tan célebre de Roma y Venecia. La inmensa línea de boulevares desde la Magdalena á la Bastilla se veia cubierta á izquierda y derecha por mas de diez mil coches ocupados por la gente mas elegante. Sobre quinientas mil almas transitaban difícilmente á pié por los anchos y magníficos *trottoirs* de asfalto entre las hileras de árboles y casas. Confundidas entre los coches circulaban miles de carretelas abiertas y de grotescos carruajes llenos de máscaras mas ó menos aristocráticas, divertidas en arrojar flores y dulces á las señoras.

El presente carnaval no es émulo del de Roma; pocos y ridículos disfraces; alguno que otro trage de payaso.... zánganos vestidos de mujer.... mujeres vestidas de niñas.... niñas vestidas de mujeres.

Los extranjeros que habian alquilado coches de número se llevaron el solemne chasco de no ver cosa digna, y no hallando en París el carnaval creian que el calendario se equivocaba.

Los bueyes gordos continuaron su magestuosa marcha, exhibiéndose á las miradas de los glotones que se regalaron con ellos.

Inglaterra es la primera nacion para criar caballos flacos que corren como el viento. Francia es la primera nacion para criar bueyes tan enormemente gordos que no pueden moverse.

Al que logra criar los cuatro ó cinco bueyes mas gordos, se le dá aquí un premio; lo cual ha excitado tanto la emulacion, que se han presentado algunos bípedos sin pluma á la autoridad preguntando si es requisito indispensable que el buey tenga cuatro patas.

Aquellos famosos bueyes gordos se pasearon orgulosamente bajo arcos de flores en carros triunfales.

Completaban la mascarada todos los carniceros de París á caballo, vestidos á la antigua, de griegos, chinos, moros, escoceses, &c., &c.

Así recorrieron todo París mañana y tarde, haciendo docientas estaciones de taberna en taberna. Los héroes de la fiesta con sus coronas de flores fueron degollados al amanecer, y al mediodía convertidos en *beafteck* para los restaurantes de lujo, pues en los baratos solo se come beafteck de perro de aguas.

Al oír estas lamentaciones de mi obertura *revistil*, no vaya á creerse que la placentera capital de Luis XV ha degenerado tanto que se haya convertido en monasterio del Monte Casino.

Nada menos que eso. Aunque las diversiones de este año no pueden legarse á la historia tradicional de Carnestolendas, ha tenido mayores atractivos que la procesion gastronómico-cornupeta del buey gordo.

Los festejos oficiales han rivalizado con los semi-públicos.

A la una en punto de las tres noches medio París estaba en baile: el otro medio entre *Pinto y Valdemoro*.

Teatros y salones reventaban de júbilo, perfumando las calles y las plazas con el aliento del placer que arrojaban por puertas y ventanas.

Entre todas las bacanales ha descollado, como siempre, la orgía de la Gran Ópera.

Allí dí el martes con mis huesos acompañado de cuatro amigos. Uno de ellos, el de mas mundo, gallo de largos espolones y literato de *esprit* estuvo muy entretenido con una *donna* hasta el cötillon infernal inclusive.

—Qué has hecho de bueno? le pregunté cuando salíamos juntos del guarda-ropa.

—Nada y algo, me contestó.

—Pues la cosa no merecía la pena de estar toda la velada apalominado con un fantasma de mujer.

—Verdad. ¿Si me habrá engañado aquella diableja con las señas de su casa? se decía en voz baja.

—Hola! hay cita, eh?

—Pse.... quizás!

—Dónde, cuándo, cómo?

—Curioso! en la *rue Richelieu*, mañana; como mi estrella disponga.

—Adios! cuidado no te desvelen los sueños de conquistador. Mañana á la hora de comer te aguardo.

—A mí ó á mi cuento?

—Al romancero y al romance.

—Corriente: hasta mañana.

Entre la taza de café y los postres de mi pobre mesa me refirió mi compadre el fin de la aventura que, abusando de su amistad, voy á contaros en confianza por supuesto, amables suscriptoras de *La Moda*.

Calle de Richelieu!.... magnífica fachada!

—Madama X....? preguntó mi amigo.

—En casa está; contestó el conserge que era un suizo con cara de mastin.

—A qué piso?

—Ocupa toda la casa.

—Diantre! exclamó el aventurero frotándose las manos de gusto y subiendo las escaleras de tres en tres.

Un lacayo con gran librea abrió la puerta á nuestro héroe fascinado con el esplendor del moviliario en un gabinete que parecia tocador, á juzgar por los ricos trages que yacían sobre los sillones. Una jóven hermosa, elegantemente ataviada se presentó al momento. El seductor no duda un momento de que aquella graciosa dama era su negro dominó de

la víspera. La misma gracia, el mismo donaire.... El corazon jamás engaña.

Impelido por el amor se adelanta á tomarla una mano.

—Quién sois? Qué pretendéis? Estais loco, caballero? repuso la jóven apartándola indignada.

El timbre de voz desconcertó algo al atrevido doncel, porque en nada se parecia á la de su incógnita del baile de máscaras; mas luego recobró su imperturbable serenidad, como hombre muy experimentado en semejantes lances, y prosiguió de esta suerte.

—No me reconocéis? No sois vos Madame X.?

—Yo! Yo no soy Madame X.; pero es lo mismo, somos *asociadas*. Cualquiera cosa que tengais que encargarla podré hacerla yo con igual eficacia.

La palabra *asociada* abrió los ojos al galante mancebo. Los diversos vestidos colgados aquí y acullá, cierto rumorecillo de tijeras y variedad de agujas clavadas en los visillos del balcon, le hicieron comprender que no estaba en ningun palacio de amores.

La señora de la casa era *Madame X y compañía, modista*.

Madame X estaba fuera. En su ausencia le habia recibido la *compañía*.

El aventurero guardó silencio algunos minutos mientras escogitaba un recurso ingenioso para salir adelante sin comprometer á Madame X, descubriendo el motivo de la visita á la *compañía* y sin comprometer su bolsillo con encargos de *toilets*.

—Señora, exclamó al punto, voy á esplicaros con franqueza el fin de mi venida á esta casa. Soy poeta: tengo que hacer la descripcion de un baile y necesito enterarme de las modas del día, de las de mañana si puede ser. No quisiera escribir un anacronismo vistiendo con trajes anticuados á mis heroínas. He venido á vuestro establecimiento como van los pintores al museo para buscar modelos. ¿Sereis tan condescendiente que me permitais echar una rápida ojeada sobre vuestra rica galería de figurines?

—Con mucho gusto, caballero.

Despues de revistar prolijamente los magníficos vestidos de baile, mi amigo se retiró amoscado por el chasco, no sin pagar en tributo una buena dosis de reverencias á la *compañía* de Madame X por premio de sus atenciones.

A las tres horas recibió un billete perfumado con azahar, dándole las gracias por su discrecion y pidiéndole mil perdones. Esta carta estaba firmada por la incógnita del baile de la Grande Opera.

No es esta la única broma de carnaval que se han llevado en París los *Tenorios* de nuevo cuño. Cuéntase otro petardo menos romántico de que fué víctima un personaje muy rico y muy galante que ha desempeñado en la corte de España un alto puesto, el duque T....

Paseándose en el baile de la *Port Saint Martin* nuestro vetusto paladin en busca de aventuras, cuando se vió colgada del brazo una mascarita de elegante traje, linda mano, menudo pié, voz argentina y conversacion animada, que empezó á embro-

marle con los amores mas íntimos de sus juveniles años.

El duque desplegaba todos los recursos de su imaginación, todos los resortes de su galantería por descubrir quien fuese la que tales revelaciones le hacia con tanta delicadeza y gracejo. Pide, suplica, insta para que le diga su nombre.

La tapada le reprende por esta indiscreción de mal gusto, y se escapa confundiendo entre el torbellino de disfraces que se revolvían en el salón.

La curiosidad acosa al duque, la sigue sin perderla de vista, sale tras ella del baile y la vé montar en un coche.

¡Vana precaución! El duque toma otro. A medida que avanzaba el vehículo de la dama, subía de punto la sorpresa del tenaz perseguidor.

Paulatinamente se acercaron á su barrio, á su calle, á su casa.

La bella bajó del coche, pagó al auriga, llamó á la puerta y entró lijera como una saeta.

El duque se precipita en el portal á tiempo que aquella se quitaba la careta.

Horror! Dolor! Furor! Era.... era.... la hija de su portero.

Esta singular aventura divulgada por las tertulias de buen tono, ha obligado al duque á recojerse á cuarteles de invierno y colgar los pertrechos con que solia emprender la caza de gangas.

Apenas entra ahora en un salón, pollos y pollas cantan *soto voce* esta parodia de una conocida zarzuela:

Bravo chasco llevó el pobre duque
Qué risa que dá! etc.

Ya que de sociedades particulares hablo, enumeraré los grandes bailes de trajes que en este carnaval han absorbido la atención del mundo *comm' il faut*: el de la princesa Moskova, el de M. Fould, el del general Fleury y el de la duquesa Taseher de la Pagerie, el de la baronesa de Pontalba que no ha sido el menos magnífico de los celebrados en el barrio de Saint Germain.

Le *soirée* del general Fleury fué un acontecimiento, una maravilla de esplendor y buen gusto.

Inmensos preparativos pronosticaban ya de antemano que su *raut* seria el rey de la temporada.

Este general habita, como caballerizo mayor de Napoleon, el Louvre. Su morada es un palacio dentro de otro palacio.

Cubrian la escalera numerosos lacayos con disfraces, recibiendo á los concurrentes con grandes blandones de cera aromática en una mano y una especie de chineco en la otra.

Sobre el descanso de la escalinata un enorme payaso hacia la recepción bailando grotescamente.

A derecha é izquierda de la antesala guardias de corps, montados en altísimos caballos de carton daban la *espononada* con ridícula gravedad.

Doce pajecillos chinos saludaban con gesticulaciones, cantando al son de la marcha real del emperador celeste, el

Maka kachu=maka kachu,
Sank fú.

Chiriví=chiriví,
Maka etc., etc.

En el estrado pululaban infinitos domésticos envueltos en mantos de tisú de seda, con espadas. Compañías de soldados á la antigua usanza, como movidos por un resorte, presentaban sus mosquetes al pasar los convidados.

La orquesta, que dirigió Straus, vestida de blanco, ofrecia un golpe de vista halagüeño con sus *tunues* de color rosa.

A las diez empezó las recepciones Madame Fleury en uniforme de grana con su daga de madera dorada.

Mlle. Caley Saint Paul, su hermana, parecia una flor del Cairo entre volantes de punzó; pero flor sin espinas.

Largo seria describir los espectáculos que presencié. Para muestra bastará uno.

A media noche se representó la pantomima del *Sport*. El ayudante del general, baron de la *Verdié* hizo su entrada triunfante sobre un fogoso caballo de pura raza.... de postas. Detrás el conde D'Aure, acreditado centauro, cuyo vestido gris y apuntado tricornio recordaban los escuderos del siglo pasado, se colocó en el centro del circo ecuestre.

Lección á la alta escuela. El director sigue al mecánico rocinante con su larga fusta mientras que el jinete salta y hace posturas gimnásticas al compás de la orquesta. La pantomima satisfizo mucho á los concurrentes.

Los actores salieron á las tablas para recojer aplausos y risotadas que sus trabajos épico-grotescos habian arrancado en abundancia.

El baile se generalizó en seguida.

La princesa Matilde logró captarse todas las simpatías danzando con el que la pedia, sin distincion de clases, hasta el amanecer, como una simple mortal. Corrió mas que un gabinete en el cotillon, íntimamente abrazada á..... la princesa Murat.

El traje de esta era indefiniblemente caprichoso. Hubo quien la bautizó con el nombre de *diosa de la primavera*, por lo florido y bien dispuesto.

Ya que entro á pintar disfraces, haré en resumen un boceto de los de *ellas y ellos*, aunque sin orden alguno.

S. A. la princesa Matilde lucía un precioso traje de judía morisca; el príncipe Napoleon, manto veneciano; la cantinera austriaca, princesa Metternich, una lluvia de diamantes; la Diana, condesa de Walewka, sus no pocas gracias; los aldeanos, príncipes del Reus, en mangas de camisa, sombrero de paja de Italia, capotes parduzcos y calzon de terciopelo negro, y la bella señorita Moitenier un prendido alto y nevado, como la cima de los Alpes, incrustado con pedrería.

Paso por alto muchos disfraces de noches: noches de invierno, noches de estío, noches borrascosas, noches tranquilas con sus correspondientes lunas, llenas, medias, menguantes y cuartos de luna.

El sol brillaba por su ausencia. Las Srtas. Erraz, Hauman, Kiting, Hallay, Tasches, Yorrcutat, Bartholony y Bousgoneg desplegaban sus encan-

tos bajo trajes de húngaras, bohemias, rusas, egipcias y Luis XV. Las condesas de la Bedoyere, Bartolony y Doclum vestían de Dianas, de damas antiguas y polichinelas.

Debo hacer mérito de dos originales *toillets*: uno de alcachofa y otro de beduina que no se quitaron la careta en toda la noche. Algunos había dispuestos á devorar á la primera y civilizar á la segunda; pero se quedaron con sus buenos deseos.

Una ramillettera que obsequiaba á las damas con flores soliviantó los ánimos largo rato.

—Quién será? se decían unos á otros.

La ramillettera descubrió el rostro á última hora. La retozona belleza se transformó en conde de Horacio, bravo oficial que tanto se distinguió en Magenta y Sofferino.

Entre los Piersots se destacaban un fotógrafo cubierto de retratos muy conocidos, un clásico á la romana, una cabeza con un cuecrucho de tres pies de elevacion, soldados de la edad media, árabes, trovadores, faunos, etc., etc.

La cena espléndida. Treinta personas sentadas á la vez en cada una de las doce mesas del comedor se relevaban por turno, encontrando nuevos y exquisitos platos, nuevas y mejores vajillas, nuevos y elegantes servidores.

El cotillon final número dos, excedió por lo bullicioso á lo que esperarse podía, despues de los brindis en que el Champagne corrió como las aguas del Sena.

El mago, vizconde de Friant, despidió á la concurrencia diciendo á cada cual su buena ventura.

Vaya un salto y no mortal.

El carnaval se presentó en Florencia un poco nebuloso. El pueblo, preocupado con las complicaciones políticas, mostraba poca disposicion para divertirse.

Por fin entró en juego la multitud, y como segun nuestro adagio: "El comer y el bailar no quiere mas que empezar," la alegría se enseñoreó de los florentinos.

El martes gordo parecia, que los habitantes de esta ciudad trataban de desquitarse del tiempo que habian perdido, aprovechando el corto espacio que les quedaba.

Se les veía lanzarse unos á otros con encarnizamiento flores, bombones, anises, harina, naranjas, limones. En un momento las calles y paseos se vieron cubiertos de inocentes proyectiles.

A la hora en que salen del Corso los carruajes, se encontró este paseo mas animado que antes á causa de la aparicion de los maceletti.

Apenas el cielo se cubrió de tinieblas se vieron de repente aparecer millones de lucecillas conducidas por las máscaras, tratando mutuamente de apagárselas lo cual produce una agitacion fantástica, sorprendente. Esta muchedumbre tan loca y bulliciosa se precipitó á altas horas de la noche en la *Ruzola* que daba el último baile.

A la mañana siguiente todo habia acabado. Aquel pueblo, tan frenético el dia antes, esperaba pacientemente los *mandamientos* que los obispos

tienen la costumbre de publicar en la temporada cuaresmal:

Otro salto y van.... dos.

Víctor Manuel, el rey *Galantuomo* llegó á Milan el quince de Febrero con sus ministros Cavour y Fanti, la duquesa de Guobá, el príncipe Carignan y el cuerpo diplomático para asistir á las funciones carnalescas.

La capital de Lombardía de doscientos mil habitantes, aumentada ahora por una guarnicion de treinta mil soldados, recibió al rey con arcos triunfales.

La duquesa de Visconti, descendiente de testas coronadas, dió un baile en su suntuoso palacio; el viernes hubo otro en el *Círculo Comercial* á cuyo frente está D. Luis Bieca, cónsul de España en Milan, uno de los capitalistas mas distinguidos; el sábado en el palacio del rey; el lunes y mártes de carnaval los que ofreció á S. M. la municipalidad y el mariscal Vaillant, que manda el ejército frances de operaciones.

El sábado *Carnavelone*, famoso en Milan, se celebró la segunda fiesta en palacio, y el domingo de Piñata terminó la serie de diversiones con un magnífico baile de trages en el teatro de la Scala.

Cuarenta mil forasteros han acudido allí: no se encontraba la mas pequeña habitacion sin alquilar.

Otro salto y serán.... tres.

Llamaron mucho la atencion en Lisboa el domingo de Carnaval dos máscaras que tuvieron la ocurrencia semi-cuadrúpeda, semi-política de vestirse el uno de cazador español, el otro de marroquí con su chilava y gumia.

El primero, montado sobre el hijo de Mahoma, blandía una vara de cabo en el dorso de la bestia racional que, caminando en cuatro pies, hacia de trecho en trecho sus correspondientes corvetas y respingos.

La justicia hubo de poner fin á la cabalgata, porque varios marusos formando corro con el caballero andante arreaban de lo lindo al rucio berberisco.

Cuarto y último salto.

En Rusia, á pesar del frio glacial se celebraron tambien las bacanales anti-cuádrágésimas con algazara.

Era de ver cruzar por las calles de Moscow las aristocráticas damas blancas, rusas, envueltas en capuchones de armiño, chinchilla y marta, deslizándose sobre la alfombra de hielo y nieve, salvar el peristilo, subir la escalinata, descubrirse y eclipsar las brillantes luces del salon con el fulgor de sus aderezos y el fuego de sus ardientes pupilas.

Los bailes de carnaval en Rusia se dividen en dos partes: el primer acto todos los convidados visten de etiqueta.

Despues de un intermedio de *buffet* y sabrosa plática viene el acto segundo.

Suena la orquesta con estrepitosos acordes: desbáñanse los grupos y el guarda-ropa es invadido de repente por una multitud de damas y caballeros que toman el disfraz que mejor les parece, en-

tre los infinitos caprichosos trages que espone á su vista el opulento huésped.

Entonces á la seriedad del baile de sala, sucede la intriga, el bullicio y la broma de los carnavales que en nada se diferencian de los españoles.

Al propio tiempo que los bailes de máscaras, se celebraban en San Petersburgo grandiosas funciones teatrales.

La primera representacion del *Pardon de Plöer-nel* estuvo un poco fria. No así la *Norma*, ejecutada por la señorita Lagrua.

Las gentes se daban de mogicones en la contaduría por alcanzar billetes.

El entusiasmo que excitó su mérito artístico se halla perfectamente representado por la cantidad de ochenta mil francos, mas un beneficio de diez y seis mil: sueldo total que paga la empresa por sus gorgoritos durante la temporada cómica de cinco meses.

En el concierto de los estudiantes cantó admirablemente el duo de *Don Pascuale* con Everardi una cancion de Gluika, un romance de Mariani y el rey de los Aulnes de Schubert. La manera de interpretar esta pieza elevó al delirio el entusiasmo. La gran duquesa Catalina mandó dar las gracias á la artista.

Dos veces ha tenido el honor de presentarse este invierno la señorita Lagrua en casa de la gran duquesa Helena.

En el último concierto el conde Nesserolde, uno de los diplomáticos políglotas de Europa, empleó largo rato hablando con la *prima donna*, ya en ruso, ya en francés, ya en alemán, ya en italiano, ya en inglés.

—De qué país sois, preguntó la princesa que tantos idiomas sabeis?

La señorita Lagrua, señalando á los colores de su traje, contestó: —De Parma.

A París me vuelvo.

En el Circo Imperial: *L'histoire d'un drapeau*, gran drama en doce cuadros original de Mr. Deunery, ha tenido un éxito asombroso y productivo, no obstante lo que ha costado el aparato y utensilios para las operaciones militares escénicas.

De las doce, las diez decoraciones son bellísimas. Los trages magníficos: los actores, hombres y caballos merecieron elogios de los concurrentes: las compañías maniobraban y desfilaban que era una bendición de Dios. En los combates se batieron con el furor propio de un campo de batalla; las cargas á la bayoneta y los disparos hacían temblar á las paredes. Entre la humareda de la pelea se abría paso la diosa Terpsícore con sus vueltas íntimas y agitados compases.

El argumento nos hizo recorrer todas las campañas del primer imperio; Arcole, las Pirámides, Viena, Moscow.

La retirada de Rusia con sus nieves y nubés de cosacos era un espectáculo digno de verse.

En una palabra; este drama es vivo, como la obra de Mr. Segur, y elegante como el opúsculo de Mr. Charles, titulado: *Un episodio de la campaña de Rusia*.

Mi tia duerme, cantada en el teatro, lírico, es una opereta divertida, en la que M. Ugalde desempeña deliciosamente el papel de protagonista; *melodía* de Mr. Caspers, joven compositor de porvenir.

En el teatro *Depizet la fantasie*, de Mr. Eugenio tuvo benévola acogida. Igualmente *dió golpe*, como suele decirse, la Revista de Carnaval, de Mr. Offenbach.

Aquí también concluye la mia.

Pronto tendrán las suscriptoras de *La Moda* otra nueva con que solazar los domingos sus ratos de ocio.

Entre tanto volvemos á vernos, yo las envío gustoso el *Dieu vous garde*, que es en París la salutacion cuaresmal de moda.

EL NOVELERO.

A MARIA DE LOS ANGELES, MUERTA A LOS 21 AÑOS DE EDAD.

¿Por qué fuiste ¡oh María! la compañera de mi niñez?... ¿por qué al sentir tu corazón sensaciones de alegría, reíamos con igual risa, con igual placer, con igual inocencia? ¿por qué al herir mi corazón amarga pena, tus ojos daban lágrimas, y tu pecho se estremecía? ¿qué comun inteligencia vivía en nuestras almas para amarnos así?... ¿Qué comun inteligencia! la que existe entre dos florecillas nacidas de una misma rama, reclinadas en una misma hoja, alimentadas por una misma sustancia; la que existe entre la fé y la esperanza; la que existe, en fin, entre dos hermanos!... Eras mi hermana, y por eso la compañera de mi niñez! la compañera de mis goces juveniles, de mis pesares! por eso nuestra comun inteligencia en amarnos!...

Corrieron los años; nuestras almas, libres ya de la amante, pero monótona sencillez de la infancia, ansiaban la variedad, la sensacion misma, sin saber que buscaban al amor; al amor, pero indeterminado; deseado, pero comprendido. Nuestras miradas cayeron sobre nuestros padres, en nuestros hermanos, mas... estos nos amaban, los queríamos, los adorábamos; y el deseo que nos impelia, era, no mas profundo, pero sí mas estenso.... Ambicionábamos el amor de otros seres con quienes formar una inteligencia; empero ellos constituían la *sociedad*, y este nombre por presentimiento, sonaba mal á nuestras almas....

La sociedad! grande en la palabra, grande en su forma, pero mezquina en su esencia, pobre en sus sentimientos, preventiva, maliciosa en sus pensamientos.... Loco juez que, mostrando el libro de sus leyes, vuelve á su antojo la página mas preciosa, para leer en su reverso la depravacion con sus efectos, la fábula de sus doctrinas!...

El amor, pues, para ella, es una sensacion especulativa mientras dura; una palabra que la mueve

á risa, ya pasada. El amor empieza, se presenta en ella con la sublimidad de su carácter, y acaba, se disipa con el materialismo de sus costumbres; nace amante de la verdad y muere víctima del engaño!... ¡Y el corazón es el blanco de esta lucha! pero no el de la sociedad, de esa madrastra de innumerables hijos; sino el corazón del que la busca, del que la desea, del que no la conoce.... Ella; cual otra Calipso atrae á su seno con la ternura de sus caricias, al que ignorante la necesita; liba del henchido corazón la miel de sus puros sentimientos, creyendo así endulzar la hiel de sus entrañas! liba! y marchita el corazón!... Entonces, haciendo girar el látigo de su locura, hiere con despecho; é insensible sin exhalar un ay!... torna á acariciar, torna á libar, siempre amante, siempre cruel!... Y el triste que la amaba, deja día por día, hora por hora, como tributo de su confianza, una esperanza en el claro cendal del *desengaño*! una lágrima en la ancha copa de la *experiencia*!... Y así los goces de la vida, y así la vida con sus goces! tan pasajeros como ella, como ella deseados!...

Terrible sentencia, aquella del Señor á nuestros padres, que hizo nuestra vida triste, incompleta, amarga.... terrible sentencia y terrible pecado el de ellos que, uniéndonos al carro de la muerte, hizo regáramos con el llanto de nuestros ojos, un mundo, teatro de nuestras pasiones! terrible pecado que hizo sentir al alma el peso de la culpa, y al cuerpo la fatiga del trabajo!... ¡Pobres hijos en pecado, nosotros los hijos de los primeros seres! hijos, pobres por el pecado, y esclavos de una voluntad infernal, de una voluntad poderosa cual la de Satan!...

Adán y Eva tenían un alma, una joya mas brillante que el sol, y el aliento del infierno oscureció sus resplandores. Mil almas, un mundo de almas increadas gimieron en el seno del *Padre*, y mil almas, un mundo de almas redimidas, se regocijaron en el seno del *Hijo*.... Eserito estaba por una mano omnipotente en el libro de justicia y de misericordia: el hombre debía padecer, pero debía también gozar; padecer, por el pecado; gozar, si desarmado del escudo de la impía soberbia, rinde constante á los pies de la Cruz de Jesucristo la fé de su corazón, la humildad de su espíritu.... Entonces, ese Dios-Hombre, lo liberta de los tormentos de un infierno, de una eterna condenación....

Pero en tanto no goza, porque nuestra vida es vida de expiación y no de placeres; en tanto no, ¡cuántas lágrimas! cuánto sufrirl!... Tú hermana! tú, mi pobre María, móvil de mis pensamientos al trazar estas líneas; tú que padeciste porque estabas en el mundo, y comprendiste la sociedad porque lloraste amarguras.... díme; ¿verdad que nuestras lágrimas de resignación, las recibe el Ángel de nuestra guarda en su blanco escapulario, y las lleva al Señor para que sean, en esa vida que tú vives, estrellas de fé que adornen nuestras almas?... ¿verdad que ese ser incomprensible, eterno, santo, ese Dios que adoran los Angeles, la corte celestial, el universo, vela misericordioso por la

obra de su deseo que es la criatura, así como el sol, ardiente é inmutable, vela en el espacio por el mundo?... ¿verdad que el seno de Dios es el verdadero seno de Abrahán, donde nuestra vida empieza, donde nuestra alma vivirá eternamente?... Oh! sí!... verdad! tan grande como consoladora, tan consoladora como pura!

¡Bienaventurada tú, que reposas en el Señor de la agitada tempestad con que lucha nuestro ser! bienaventurada tú que mereciste parte en las promesas hechas á Israel, y ni la culpa manchará tu espíritu, ni la trompeta del Ángel anunciando el último juicio, lo atemorizará con su claro eco, porque moriste en el Señor, porque vives en El!...

Ideas queridas! ideas de fé, ideas de amor, de esperanza! vosotras sois las que alimentais al alma que suspira! vosotras sois las que calmais la honda pena del que padece! vosotras, las que decís á mi alma: "cree y espera"!...

Sí, creo!... creo que el mundo es el solo pensamiento de Dios que muere, que se destruirá por su voluntad sapientísima; creo, que la vida es el pensamiento mas despreciable para el hombre sin religión ni conciencia, y el mas apreciable, por ser el gran-paso á una eternidad gloriosa, para el que medita y espera; creo, que mi alma, semejante á la paloma del diluvio, saldrá de este mi cuerpo, arca de tierra, no para hendir la bruma de los mares, sino para traspasar el éter; no adornada de oliva, pero sí enriquecida con la sangre de su Dios!... Feliz serás, alma mia! ¿cuándo encontrarás tu centro?...

Mas, ay! que estas reflexiones, querida hermana, se trastornan, se confunden con la desesperación, tal vez, con un cinismo sacrílego! porque fuerza es decirlo; en la criatura hay una constante lucha; lucha horrible, en la que el alma, y solo el alma, combate pesados; pues siendo rica, pródiga, en sentimientos purísimos, los vierte, los esparce en el corazón y este los convierte en afecciones materiales; porque el alma es de Dios, y el corazón del hombre. Combate pesados, porque mas de una vez, impulsos del corazón, se han rebelado contra los sentimientos del alma; porque mas de una vez, ha gritado: "quiero ser dueño y señor absoluto del hombre y sentir sin tí; quiero amar á la criatura, y pensar sin tí y pensar sin Dios"!... Qué diferencia! qué distancia del alma al corazón! ella espiritual, bondadosa por esencia; él, terrenal, egoísta por principio....

Pues bien; egoísta es, egoísmo será; pero mi corazón te llora, y cómo!... sin consuelo, sin esperanza, por que te llora *muerta*! Ah! mi María! ¿por qué la muerte fué tan cruel en arrebatarte á nuestro cariño?... ¿qué importaba á esa incansable asoladora del universo tu existencia? qué triunfos logró? qué mundo la victorea?... El Destino, sectario de sus decretos, es el que la aplaude.... el Olvido, genio de las sombras, es el que la enzalza, pero... bien sabe que miente; bien sabe que tu memoria vivirá siempre en nosotros; bien sabe, que tus palabras, tu figura, tus goces, tus pesares, tu amor á los que te lloran, esos caracteres de mil colores que forman

la página de tu vida, no podrá nunca estender sobre ellos el negro velo que oculta su frente...

Y sin embargo! el alma se resigna! el alma cree, y cree con verdad, que vives vida mejor, y se goza en ello; y ¿el corazón te desea? hé ahí la constante lucha; hé ahí la vida intranquila; hela ahí triste ya, incompleta, amarga!... El corazón padece; rechaza la vida cansada de luchar, cansado de sufrir, porque no le ofrece la corona de sus deseos; y el alma suspira, pero suspira siempre, porque en esta vida no vive; porque su centro no es el mundo, no es el hombre; su centro es.... Dios!... De Dios, pues, es el triunfo; de él la victoria; vence, no por el castigo; no con los rayos de su ira, vence, sí, con el estandarte de su misericordia: con la cruz...

Pobre alma mía! cesen tus ayes, porque serás feliz por ser cristiana!...

Goza tú, sé feliz en la patria de los benditos! goza tú, sé feliz mi María en la esplendorosa gloria del Dios eterno! alabe tu espíritu su misericordia; cante eternamente en su loores, aunque nuestro corazón padezca; aunque se agite el mas vehemente dolor!... goza! sé feliz, aunque nuestros ojos derramen lágrimas al ver en la losa de tu sepulcro... el nombre de *María*!...

SERVANDO MARASSI Y GRANADOS.

ESTUDIOS HISTORICO-CRÍTICOS

SOBRE LA

DECADENCIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.

ARTÍCULO TERCERO. (*)

Concluimos nuestro artículo anterior esponiendo el sentimiento que nos causaba no poder transcribir á nuestras columnas las bellas composiciones poéticas que colocaron el nombre de Góngora entre los de nuestros ilustres poetas y, aunque por causas bien distintas, debemos empezar hoy manifestando el que en este momento embarga nuestros sentidos al tomar la pluma para desempeñar la delicada y enojosa tarea de censurarle y si no cumplimos la obligación, que hemos contraído con nuestros lectores, tan satisfactoriamente como deseamos, es que la profunda convicción de nuestra insuficiencia sofoca nuestra voz, aun no formada; es que las reglas de sana crítica no pueden penetrar en ese laberinto de frases y periodos enigmáticos, donde se pierden, confunden y estravian, los lectores de mas sutil ingenio.

Hemos elogiado á Góngora, como poeta dulce, delicado y apasionado, dentro de los justos límites, sin dejarnos llevar de opiniones que nos parecieron un tanto exageradas, y cúmplenos hoy censurar al poeta conceptuoso, embrollado, y altisonante, al poe-

ta que, olvidando ó despreciando las reglas, se lanza frenético en el campo de la innovacion y del mal gusto, al gefe y fundador—al menos por fundador es tenido entre críticos de gran saber y fama, aunque alguno atribuye este triste honor al poeta Jáuregui, como haremos observar oportunamente—de una secta literaria irracional y estrambótica que dieron en llamar *culteranismo*, tan impropriamente como *cultos* á sus sectarios; secta, ó escuela que, á pesar de carecer de razon de ser, vició la galas del ingenio por largos años y que ha contraído gran responsabilidad ante nuestra historia literaria y las generaciones futuras.

Ningun rubor nos causa manifestar públicamente que no podemos esplicarnos, ni aun siquiera llegamos á concebir, que un poeta de gusto delicado y esquisito, como Góngora en sus primeros años, haya ido á buscar la fama, el renombre, ó la gloria de la historia en la estravagancia y los aplausos de sus contemporáneos en la ridiculez mas insensata. La posteridad, mas desapasionada, mas justa que esa época embastecida en que está caracterizada la depravacion del buen gusto literario, le tiene en cuenta—es verdad—sus relevantes dotes poéticas y á la par que le aplaude, dentro de los límites de lo justo, mientras Góngora sigue el buen camino que proporcionó laureles sin cuento á nuestros distinguidos é inmortales poetas y dias de gloria á la madre patria, le censura desde el momento en que desviado de él se precipita en lo desconocido, dando rienda suelta á su rica y varia imaginacion y despreciando las reglas, ó los consejos de los que le habian precedido.

Sin duda alguna—hemos leído en algunos escritores—los rudos é injustos ataques de la suerte habrán influido en su organizacion mental y tal vez su imaginacion se haya estraviado al verse contrariado en sus nobles aspiraciones. Pero nosotros, en nuestra calidad de críticos, no podemos en manera alguna hacernos eco de estas palabras; porque ¿son motivos bastantes poderosos á justificar los inmensos daños, que reportó á nuestra literatura, como gefe y fundador del culteranismo, los injustos y rudos ataques de la suerte? ¿Dónde pues está la resignacion evangélica que en Góngora debiera resaltar por su carácter sacerdotal para sufrir con paciencia las adversidades de la suerte y las flaquezas de los hombres? ¿Para qué pues tratar de atenuar, tal vez por medio de gratuitas suposiciones, su responsabilidad literaria, si se le deslustran otras virtudes que todos debemos apreciar en mas? ¿Es por ventura obra del hombre solamente la secta culterana? Dígase con franqueza que Góngora, de grandes y no comunes conocimientos, se vió dominado por la idea de la gloria y deseando alcanzarla sobresaliendo, adoptó ese estilo que es padron de ignominia de nuestra literatura, y, sin que nos permitamos decir si conocia ó nó, la intensidad del mal que causaba á las letras, creemos no obstante que podia mas en su organizacion el deseo de vivir en nuestra historia literaria que ejercer superioridad entre los que conservaban el gusto clásico.

¿Por qué Góngora, que poseia dotes relevantes

(*) Véase la página 26 y 139.

de poetas, varió el estilo creyendo ser mas original? ¿Por qué, toda vez que ansiaba ser original, no varió la esencia conservando la forma? Ya lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo: si, en vez de variar el estilo, hubiese buscado en nuestra magnífica epopeya nacional asuntos y cantado las empresas gloriosas, los hechos heroicos, el valor, el patriotismo y todas las virtudes de este gran pueblo, en cuyos dominios *jamás se ponía el sol*, Góngora —no lo dudamos—habría conseguido la gloria que deseaba. Comprendemos, sí, que los poetas medianos, los que no podían distinguirse en el ameno campo de la literatura, adoptasen y defendiesen el nuevo estilo, á que se prestan la brillante imaginación de los españoles, su misma lengua, y el sello oriental que en nosotros han dejado los árabes; pero, desde el momento que vemos á Góngora, poeta de esquisito gusto literario al frente de la escuela innovadora, no lo concebimos.

Para estudiar á Góngora, bajo el aspecto que vamos hoy á presentarle á nuestros lectores, es necesario, casi indispensable leerle y, aun leyéndole con mucha detención, es difícil comprenderle y apreciarle. La crítica carece de palabras bastante expresivas para darle á comprender y en esta difícil situación nos hallamos nosotros desde el momento que tomamos la pluma. Es pues de una hinchazón y estravagancia que raya en delirio y todo hace creer que vá buscando las hipérboles mas exageradas, las comparaciones mas violentas y todas las figuras que, por lo extrañas, pueden causar mayor irritación y confundir el ánimo de sus lectores. Todo su afán es alambicar el pensamiento, dar tormento á la frase para que adquiriera giros violentos, usar con profusión de imágenes atrevidas, de alegorías incomprensibles, de estravagantes metáforas, de transiciones intolerables, y de antítesis pueriles, brillar en fin por lo sorprendente y maravilloso. Introduce el giro y la construcción latina, abusa de todas las reglas de la sintaxis y de la retórica, forja á su capricho las de la prosodia y busca las palabras por el efecto de los sonidos, *quirigai culti-diablesco, é invención odiosa para hacer bárbara la lengua*, como decía el *Fénix de los ingenios*, que está exento de las leyes de la crítica que no puede juzgar debidamente las composiciones que Góngora, abusando de su ingenio del modo mas lastimoso, escribió en este estilo bárbaro é ininteligible.

No contento de haber viciado la poesía lírica, Góngora propagó y contagió la épica, creándose un lenguaje nuevo. Sus famosas *Soledades*, su *Polyfemo*, muchas de sus canciones y sonetos, y en general todo lo que escribió en el género heroico, parecen escritos en otros tantos accesos frenéticos y, en confirmación de cuanto llevamos dicho, bastaría abrir por cualquiera parte aquellos libros para encontrar trozos tan oscuros é ininteligibles, como los que trascribimos á nuestras columnas, para que nuestros suscritores puedan juzgar mejor que nosotros á los dos poetas distintos que hemos considerado en Góngora. Véase, pues, como empiezan las *Soledades*, en que tanto alarde hizo del nuevo estilo:

Era del año la estación florida
En que el mentido robador de Europa
(Media luna las armas de su frente,
Y el sol todos los rayos de su pelo)
Luciente honor del cielo,
En campos de zafiro paze estrellas;
Cuando el que ministrar podía la copa
A Júpiter, mejor que el garzon de Ida,
Naufragó, y desdeñado sobre ausente,
Lagrimosas de amor dulces querellas
Da al mar, que condolido,
Fué á las ondas, que al viento
El mísero gemido
Segundo Arion, dulce instrumento.

Confesamos francamente que, de todo este trozo, no hemos podido entender mas que el primer verso que bastaba, en nuestro concepto, para decir que se estaba en la primavera. ¿Se habría olvidado Góngora al escribirle, de su nuevo estilo? Continuemos.

Aljófares risueños de Visela
El blanco alterno pié fué vuestra risa,
En cuanto ya tañéis coros, Belisa,
Undosa de cristal, dulce vihuela.
Instrumento hoy de lágrimas, no os duela
Su Epiciclo de donde nos avisa,
Que rayos ciñe, que zafiros pisa
Que sin moverse en plumas de oro vuela.
Pastor os duela amante, que si triste
La perdió su deseo en vuestra arena,
Su memoria en cualquier region la asiste.
Lagrimoso informante de su pena
En las cortezas que el aliso viste,
En los cultos suspiros de su arena.

No de fino diamante ó rubí ardiente
Luces brillando aquel, este centellas,
Crespo volumen vió de plumas bellas
Nacer la gala mas vistosamente.
Que obscura el vuelo, y con razón doliente
De la perla católica que sellas,
A besar te levantas las estrellas
Melancólica aguja, filuciente.
Pompa eres de dolor, seña no vana
De nuestra vanidad, dígallo el viento
Que ya de aromas, ya de luces tanto
Humo te debe. ¡Ay ambición humana!
Prudente pavon hoy con ojos ciento
Si al desengaño se los das y al llanto.

No es menos culta la canción *A la toma de Larache* que principia:

En roscas de cristal serpiente breve,
Por la arena desnuda el Luceo yerra,
El Luceo que con lengua al fin vibrante,
Si no niega el tributo, intima guerra
Al mar, que el nombre con razón le bebe,
Y las faldas besarle hace de Atlante.

Desta pues siempre abierta, siempre tirante,
 Y siempre armada boca,
 (Cual dos colmillos de una y otra roca)
 Africa (ó ya sean cuernos de la Luna,
 O ya de su elefante sean colmillos)
 Ofrece al gran Felipo los castillos,
 (Caiga hasta que de hoy mas militar pompa)
 Y del fiero animal hecha la trompa
 Clarin ya de la fama, oye la cuna,
 La tumba vé del sol, señas de España
 Los muros coronar que el Luceo baña.
 Las garras puas, las presas españolas
 Del rey de fieras, no de nuevos mundos
 Ostenta el rio, y gloriosamente
 Arrojándose márgenes segundos,
 En vez de escamas de cristal sus olas
 Guedejas visten ya de oro luciente.
 Brama y menospreciándolo serpiente
 Leoniano pagano
 Lo admira reverente el Oceano.

Y el fin del *Polifemo*.

Viendo el fiero Jayan con paso mudo
 Correr al mar la fugitiva nieve
 (Que á tanta vista el Líbico desnudo
 Registra el campo de su adarga breve)
 Y al garzon viendo, cuantas mover pudo,
 Zeloso trueno, antiguas hayas mueve;
 Tal, antes que la opaca nube rompa,
 Previene rayo fulminante trompa.

Con violencia desgajó infinita
 La mayor punta de la excelsa roca,
 Que al jóven sobre quien la precipita
 Urna es mucha pirámide no poca.
 Con lágrimas la ninfa solicita
 Las deidades del mar que Acis invoca;
 Concurren todas y el peñaseco duro
 La sangre que esprimió, cristal fué puro.
 Sus miembros lastimosamente opresos
 Del escollo fatal fueron apenas,
 Que los piés de los árboles mas gruesos
 Calzó el líquido aljófár de sus venas.
 Corriente plata al fin sus blancos huesos
 Lamiendo flores y argenteando arenas
 A Doris llega, que con llanto pio
 Yerno lo saludó, lo aclamó el rio.

Tal es la escuela de los cultos: tal es el estilo
gongorino. Nada está mas léjos de nuestro pensa-
 miento que culpar á Góngora con nuestras pala-
 bras: culpemos, sí, al genio de la decadencia que
 por entonces cernió sus alas sobre la literatura de
 las naciones mas poderosas de nuestro continente.
 En efecto, por aquella época se ven contagiadas
 las literaturas de Francia por el *estilo de las pre-
 ciosas*; impera en la de Inglaterra el *Eufuismo* y
 en Alemania la de *Lohenstein*. La de Italia fué
 tambien infestada, y Marini ha quedado para la
 posteridad como el tipo del gusto del siglo XVII.
 ¿No sería curioso investigar la causa de aquella afi-
 cion tan general en Europa á la hinchazon y vani-
 dad en la literatura y en las artes, aun en pue-

blos sobre los que no pesaban las miserias de Italia?
 Góngora, pues, rindió culto á su embastecida y
 desgraciada época, y si lícito nos fuese penetrar los
 inescrutables designios de la Providencia, vería-
 mos que se habia valido de Góngora en España,
 como en otras naciones y en otro orden de ideas
 otros genios fueron sus instrumentos; y nosotros
 nunca debemos ensalzar los instrumentos de la
 Providencia, porque sería necesario que ensalzá-
 ramos al feroz Atila, llamado el *azote de Dios*, y
 al reformista Lutero, que tantos dias de tribulacion
 ocasionó á la Iglesia.

B. DIAZ DE RIVERA.

EL AIRE Y EL AGUA.

Él vuela en el valle ameno
 Con solicitud estraña;
 Ella al pié de la montaña
 Tiende su cristal sereno.
 Él trémulo se desliza
 Moviendo las ramas grave:
 Ella en círculo suave
 Sus fáciles ondas riza.

Ambos se encuentran en suma
 Rivales en pompa y galas:
 Él perfumadas las alas,
 Ella cubierta de espuma.
 Al verla el aire se engríe,
 Llega la besa y suspira:
 Ella avergonzada gira,
 Tiembla toda y se sonríe.

—Yo soy el agua, murmura
 Deteniendo su corriente,
 La hija altiva del Torrente
 Que salta en la peña dura.
 Alzando polvo en la tierra
 Ufano el aire la dijo:
 —Yo soy mas, y soy el hijo
 Del rudo Huracan que aterra.
 —Tú bien en mí no reparas
 Ni comprendes mi tesoro:
 Yo sobre arenas de oro
 Derramo mis ondas claras.

—Si tu valor no es escaso,
 Mas mi poder se levanta:
 No hay en el valle una planta
 Que no se incline á mi paso.
 —Nacen las flores mas bellas
 Besando mis ondas frias.
 —Ya se sabe que las erias
 Para que yo duerma en ellas.

—¿Desprecio?

—¿Desden?

—¿Son celos?

—¡Mucho pides!

—¡Mucho subes!

—En mí se mecen las nubes.

—En mí se miran los cielos.

Callaron: el agua grave

Gimió con dulce interés,

La besó el viento suave:

Y es cosa que nadie sabe

Lo que sucedió despues.

JOSE SELGAS.

EN MI SALIDA DE TETUAN.

Adios ciudad del profeta
Que sufriendo desengaños
Te encuentras llena de extraños
Y á tus hijos viste huir;
Adios matrona perdida
Que arrastraste por el suelo
Tu manto, y acerbo duelo
Te llegó al fin á abatir.

Tú á dos razas diferentes
Y opuestas hasta el extremo,
Albergue dabas supremo
Que creyeron eternal;
Y si la una era mezquina
Y miserable y rastrera,
De indolente y de altanera
La otra no tuvo igual.

Y tus hijos con fiereza
Insultar torpes quisieron
Al león á quien creyeron
Sumido en letal sopor;
Mas, no era así... despertando
De febriles calenturas,
Llenándote de amarguras
Te sometió á su valor.

Y los nobles españoles
Que de tí se apoderaron,
Vencedores te trataron
Con sin par humanidad;
Y cual siempre generosos
Respetaron tus riquezas,
Hermanando á sus proezas
La cristiana caridad.

Adios, Tetuan, adios; y si algun día
Vuelta á los tuyos por cualquier fortuna.
Quisiera contra tí nacion alguna
Sus armadas y huestes dirigir,
Recuerda con nobleza que hubo un tiempo
En que ondeaba gentil nuestra bandera
En tus moriscas torres; y altanera,
Aprende de Sagunto á resistir.

FRANCISCO DE LA ESCOSURA Y ESCOSURA.

LA CARIDAD.

A la memoria del Excmo. Sr. D. Trino Quijano.

ODA.

La cólera del Dios Omnipotente
Recorre el ancho mundo:
La muerte audaz empuña diligente
Su acero tremebundo.

Reina y diosa del orbe se proclama;
Alza fúnebre pira,
Y víctimas humanas en su llama
Sacrifica á su ira.

Su infausta mensajera es la tormenta,
La niebla su ropaje;

En su carro triunfal fiera se ostenta
Con altivez salvaje.

De un polo al otro su estandarte ondea:
A su imponente saña
Se rinde la ciudad, la humilde aldea
Y la infeliz cabaña.

¡A tí tambien, Lucentum seductora,
Te arranca cruel tributo;
Sumida en pena, que tu ser devora,
Te envuelve en triste luto!

De tu intenso dolor la voz profunda
Llegó hasta el alto cielo:
¡Desolada *Matrona* moribunda,
Calma tu amargo duelo!

Que de Sion descende presurosa,
Con brio y fortaleza,
Alma virtud, de Dios hija preciosa;
De angelical nobleza.

De afable humana forma se reviste,
Y pródiga derrama
Consuelos divinales sobre el triste
Que su amparo le aclama.

Es el héroe que fuerte é impasible
Trabó ruda pelea,
Y con su diestra derrocó inflexible
A la pujante dea.

Es aquel que sus víctimas le arranca,
Que huella sus altares,
Que su infando vigor seca y estanca,
Que destruye sus lares.

En sus acciones la humildad impera,
La compasion le guia:
La dulzura, su tierna compañera,
Traza su recta via.

Estas sus armas son; fuertes cual bellas,
El monstruo que las mira,
Quiere oponerse con furor á ellas
En su incansable ira.

Y luchando en la noche tenebrosa,
Que marca su camino,
Tenaz resiste la deidad odiosa,
De aterrador destino.

De las formas mortales se despoja
La caridad clemente,
Para llevar del pueblo la congoja
Al Ser Omnipotente.

Elévase á Sion, cual llama pura;
Su plegaria presenta,
Y el Dios de amor, con paternal ternura
Destruye la tormenta.

El Sinaí recoge sus centellas,
La tempestad se apaga;
El genio vengador sigue sus huellas:
Cesa la horrible plaga.

Y al recobrar su vida la *Matrona*,
Al héroe bendecido
Himnos alegres generosa entona
Con pecho agradecido.

¡Autor universal de toda gloria,
Tu aliento soberano
Hizo grande en su vida y en la historia
Al inmortal *Quijano*.

LA MARQUESA DEL SURCO.

Alicante, Enero 1860.

EL MAL APOSTOL Y EL BUEN LADRON.

Drama en cinco actos y en verso, por Don Juan Eugenio Hartzenbusch.

Grande ha sido, según noticias, el éxito alcanzado en Madrid por esta obra, y numerosa la concurrencia que ha atraído á uno de sus teatros durante la pasada cuaresma. No lo extrañamos: el Sr. Hartzenbusch es un distinguido escritor y un excelente poeta; no hay producción suya que deje de llevar el sello de su gran talento, y ya esto es para el público como para nosotros una garantía de los quilates de valor que ha de encerrar cuanto salga de tan acreditada pluma. Habrán contribuido además al buen resultado el aparato y exorno con que este drama debe haberse puesto en teatros que, cual los de la corte, disponen de grandes elementos al efecto.

Nosotros, sin embargo, procurando no dejarnos fascinar por tantas bellezas de pormenor como allí á cada paso se encuentran, emitiremos nuestra desautorizada opinión sobre el drama, ya en sí mismo, ya en el género á que pertenece.

Hay títulos que escusan toda explicación ulterior, porque en ellos va compendiado el hecho histórico á que se refieren. En este caso se halla *El Mal Apóstol y el Buen Ladrón*. Otro tanto decimos de la casi generalidad de los personajes que en la obra se presentan. No hay sino nombrar á Judas Iscariote, á Dímas, á Barrabás, á Gestas, á Pilatos, á Anás y demás canalla de ropa mas ó menos limpia para que todo el mundo comprenda desde luego el papel que por fuerza les toca hacer aquí. El autor, sin embargo, ha introducido en el argumento un personaje de pura creación suya; es Betsabé, ó mejor dicho, María, hija del fariseo Nacor, y á la que Dímas tiene primero por hermana, y de quien después se enamora una vez que sabe no lo es. También aparece allí Procla, la mujer de Pilatos, la cual, como es sabido, hizo lo que pudo por salvar de la muerte á Jesús; pero es el caso que no pudo nada.

Supónese á Betsabé discípula de Jesús, é ignorante de las fechorías de su hermano, al que conocía bajo otro nombre, y á fin de preparar convenientemente el hecho por el que alcanzó éste la

gracia en la cruz, supónese también que siendo niño aun hizo con su padre un viaje al Egipto. En el camino, y oculto entre unos peñascos, oyó á unos hombres que daban las señas de un niño rey de corta edad, que había de pasar por aquel sitio en compañía de sus padres, y al cual tenían orden de matar. Dímas lo salvó con un aviso oportuno, y entonces aquel niño, aunque solo de un mes, le dijo algunas palabras que él olvidó tan pronto como fueron oídas, y que en medio de su asombro no había podido recordar nunca. No hay que decir quien era aquel portentoso niño, porque fácilmente se adivina.

En Judas están personificadas la duda y la avaricia. Ambas á dos cosas eran en efecto necesarias para que llevase á cabo su horrendo crimen. El autor, sin embargo, ha querido darle otro móvil mas ligando su suerte de un modo misterioso y fatal á la de Dímas, y eso lo hace suponiéndose que Betsabé, ya bautizada, aparece en espíritu á ambos y les revela su fin en estas proféticas palabras:

"Por tu ciego rencor precipitado,
Tú, ladrón, morirás crucificado;
Tú, apóstol, que al infierno te aproximas,
Pídele á Dios que mueras como Dímas."

Nosotros, por el contrario, creeríamos que esta nueva circunstancia introducida aquí no puede menos de desvirtuar las consecuencias del carácter ya antes atribuido á Judas; porque toda vez que él vé mas tarde morir á Dímas con el arrepentimiento en los labios y las palabras de gracia en los oídos, ya no debía temer, antes anhelar, la misma muerte. ¿Por qué pues se ahorca en vez de apelar á la misericordia divina cuyos efectos acaba de presenciar? Conviene además tener en cuenta que Dímas duda de todo. ¿Cómo se explica el que lo único en que cree siempre sea en la profecía de Betsabé?

No es posible que sigamos aquí paso á paso las numerosas y complicadas situaciones de un argumento al que apenas bastan cinco largos actos. Casi todos los hechos están presentados tales como el evangelio nos los refiere, y los que son de pura ficción ya se comprende que solo pueden ser secundarios.

Con sagaz advertencia ha hecho el autor que Jesús ni su madre se presenten en la escena jamás. Cuando el Redentor con los dos ladrones es conducido al Calvario para ser crucificado allí, el telón cae oportunamente en el punto en que los gritos de Anás y del pueblo anuncian su aparición próxima. A Dímas se le vé y se le oye en la cruz; pero no al Señor, cuyas palabras son repetidas por Betsabé, que se supone ser quien las escucha. En fin, al derruirse la cueva por el terremoto, la parte del Calvario que se descubre se supone ser la superior y por tanto las cruces se ocultan á los espectadores.

Esto prueba que se ha reconocido todo lo delicado, mejor dicho, todo lo inconveniente que es el presentar en la escena ciertas cosas que no son de allí ni para allí. Es decir, que la inconveniencia se ha admitido en principio, y no se ha hecho mas que atenuar sus efectos en la aplicación.

De esta especie de tira y afloja ha surgido, como era consiguiente, el defecto capital del drama, literariamente considerado. En un argumento sacado del evangelio, Jesus tiene por fuerza que ser siempre la grande, la colosal figura; el protagonista en una palabra. A él ha de referirse todo cuanto se haga y diga. ¿Cómo pues ha de ser este un personage de pura referencia? Si en el *Pelayo*, por ejemplo, no saliesen á la escena sino Hormesinda, Munuza, Veremundo y Alfonso, si en él se hablase á cada paso de Pelayo, se le aclamase rey, y si relatare su primer triunfo en Giron; pero sin que jamás este Pelayo asomase á la escena ni le oyésemos hablar ni le viésemos obrar por sí mismo, ¿qué diríamos? ¿Qué interés hallaríamos en la accion? Lo que en la novela entra por los oidos, en el drama ha de entrar por los ojos: tal es su carácter distintivo. Cuando esto, como ahora, no puede hacerse, falta la obra á sus condiciones de arte.

Sabido es además que el drama vive de la ficcion. La verdad absoluta solo pertenece á la historia, y de aquí que los dramas llamados históricos casi solo tengan de ella tal cual nombre y tal cual hecho culminante. Ahora bien, si el evangelio no puede alterarse ni falsearse; ¿cómo puede ofrecer argumentos propios para la escena? Quede pues el evangelio para lo que debe ser, esto es, para leído y para meditado cual corresponde; pero no se le quiera poner en accion dramática, porque su misma esencia de inflexible verdad lo repugna.

Repetimos que aquí nos limitamos á hablar literariamente y prescindiendo de consideraciones de otra naturaleza.

Aun con menos que eso las comedias mal llamadas devotas fueron en anteriores siglos el blanco de la crítica, y en la época en que las vidas de los santos constituían una buena parte del repertorio de los teatros de España, un autor anónimo escribía lo siguiente:

"Item mas, que al que escribiere
Comedia de santa ó santo
Sea él quien haga el demonio
Ya que su musa hace el diablo."

FRANCISCO FLORES ARENAS.

NUEVA URNA SEPULCRAL DEL SANTO ENTIERRO.

Aunque no nos proponemos por hoy ocuparnos de las procesiones que han tenido lugar en la última Semana Santa, parecenos oportuno decir dos palabras acerca de la magnífica urna de plata que la Real Cofradía del Santo Entierro ha estrenado en el presente año; urna cuya descripcion circunstanciada puede leerse en el programa de dicha procesion. De él aparece que en cabildo general de 26 de Setiembre de 1852, y á propuesta del digno Vice-prioste el Sr. D. Valeriano Hortal, se acordó por la espresada Cofradía la construccion de una urna de plata para la venerada efigie de su culto, y que

nombrada una comision al efecto, esta eligió entre los diseños presentados uno debido al elegante y correcto lápiz de nuestro malogrado amigo y compatriota D. Diego María del Valle, distinguido profesor que fué de esta escuela de Bellas Artes. Pocos meses despues se encargó de la direccion de la obra el artista platero D. Manuel Ramirez, quien primero en union de D. Pedro Sardin, y despues solo ha llevado á felicísimo término su cometido, dando en ello una prueba mas, sobre las muchas que ya se tenian, de su habilidad y esquisito gusto en la egecucion de obras de este género.

Repetimos que la descripcion está hecha en otra parte. Solo nos cumple, por tanto, el declarar que en nuestro concepto poco puede presentarse de mas elegante al par que de mas suntuoso. El acabado es perfecto y corresponde á la grandeza de la obra, la cual honra, no solo á nuestra poblacion, sino á las artes españolas.

Dificultad grave era la de la fabricacion de los cristales, así por sus grandes dimensiones como por sus complicadas curvaturas. Esta dificultad, que habia arredrado á muchos, ha sido vencida. La fábrica de *La Ceres*, del Puerto de Santa María, ha conseguido lo que las mas de las fábricas de España no habian osado siquiera intentar.

Algunos pormenores faltan aun para la terminacion completa de esta magnífica y riquísima joya del arte; pero no es dudoso el que lo que aun falta se tendrá y que será digno de lo que ya hay. El impulso está dado: celo y buena voluntad sobran.

Felicitemos pues á nuestro amigo el Sr. Hortal por su pensamiento, á la Cofradía por haberlo acogido y llevado á cabo, al Sr. Ramirez en fin por lo perfecto de la egecucion.

Réstamos solo que espresar un recuerdo de dolor. Este será para la digna memoria del Sr. Valle.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Copiamos algunos trozos de poesia de la leyenda histórica del Sr. Caballero y Valero LA AZUCENA DEL VALLE, que el Sr. Ariza presenta en su prólogo ó juicio crítico sobre dicha obra.

"Sobre un potro jerezano,
Brioso, de buena estampa,
De altiva y noble cabeza,
Ancho de pecho y de ancas,
De orejas cortas é iguales,
Ojos vivos, cola larga,
Animoso y engreido,
Casco negro y nariz ancha,
Un recién llegado mozo
Con aire andaluz cabalga.
Unos veinte y cuatro años,
A lo mas representaba;
Rasgados y negros ojos,
Tez morena y sonrosada;
Dulce y graciosa sonrisa

Por sus rojos labios vaga.
 Tiene el cabello rizado
 Y un lunar en la garganta,
 Y prestan sombra á su rostro
 Patillas negras y anchas.
 Adorna su airoso cuerpo
 Una vistosa zamarra,
 Con graciosos alamares
 Y con gran primor bordada.
 Lleva envuelta á la cintura
 Moruna y lujosa faja,
 Y dos seguras pistolas
 Pendientes de la canana.
 Bordados son sus botines,
 Y además lleva una manta
 De caprichosos colores
 Sobre los hombros, terciada
 En el arzon de la silla,
 Casi tocando en el anca,
 Cuelga un lujoso trabuco
 Naranjero de seis balas.
 Corto calañés, terciado
 Sobre la ceja con gracia,
 Dá á conocer que el mancebo
 Es hombre de rompe y rasga."

Así pinta el Sr. Caballero al contrabandista andaluz, á ese tipo que no tiene igual en el mundo, tan generoso como osado, y que á algunas malas cualidades, propias de una vida aventurera y fuera de la ley reune mil buenas de desprendimiento, comiseracion y valor. Mas adelante presenta el autor á Blanca, *La Azucena del Valle*, en las siguientes oc-tavillas.

"Es Blanca la zagala
 De los azules ojos;
 Las matutinas rosas
 Envidian su candor,
 Su aliento es de azucena,
 Y entre sus labios rojos
 Dulcísima sonrisa
 Depositó el amor.
 Su voz es el murmullo
 Del argentado rio,
 La sonrosada aurora
 Sus gracias envidió:
 Y en las templadas tardes
 Del caloroso estío,
 Por ella el verde prado
 Con flores se adornó.
 Los cisnes envidiaban
 Su portentoso cuello,
 Su cuerpo es mas flexible
 Que palma tropical.
 De su mirada dulce
 Al límpido destello
 Al alma deja henchida
 De encanto sin igual.
 Su cabellera espléndida
 Sobre su pecho nítido,
 Cuando la agita el céfiro
 La besa con ardor:
 Y á la espresion purísima

De su semblante angélico
 Su tinte melancólico
 Le concedió el amor."

Pasando de las personas á las cosas, y de los héroes de su leyenda á la oriental sultana que retrata sus esbeltas torres en las cristalinas corrientes del undoso Guadalquivir, el Sr. Caballero dice:

"Angeles edificaron
 A la opulenta Sevilla,
 Perla nacida á la orilla
 De un rio murmurador:
 Como una fragante rosa
 Sobre el tallo se levanta,
 Y con sus trinos le canta
 El amante ruiñeñor.
 Eterno vergel de flores,
 Casta deidad hechicera,
 Estrella que reverbera
 En un cielo de zafir;
 Remedo del paraíso,
 Ramo oloroso de aroma,
 Sevilla es una paloma
 Que va del nido á salir.
 Garza de bello plumaje,
 Sobre un valle levantada,
 Que eleva la vista airada
 Hasta la etérea region;
 Cual cisne de blancas plumas
 Busca del agua el halago,
 Y del trasparente lago
 Se desliza en la extension."

La leyenda del Sr. Caballero abunda tanto en pintorescas descripciones que no consiste la dificultad en presentarlas delicadamente poéticas sino en elegir las mejores, y yo no presumo de haber sido del todo feliz en la eleccion. Vamos á presentar ahora algun trozo de narracion.

"El velo de la tristeza
 Su agraciado rostro empañá
 Y oculta negros pesares
 En el fondo de su alma.
 Él en sus alegres años
 Por primera vez amara,
 Quiere olvidar y no puede
 Que no olvida quien bien ama.
 Su amante esposa le adora,
 Sabe sus penas y calla,
 Sabe que su esposo gime
 Por un hijo que idolatra,
 Porque el amor de un buen padre
 Ni aun con la muerte se acaba.
 Que ese amor inextinguible
 Al cielo lo lleva el alma.
 Apenas los doce abríles
 Cumplió la divina Blanca
 Cercáronla adoradores,
 Y la lisonja bastarda,

Al engaño que seduce
Y la adulacion que mata
Persiguieron á la niña,
Como á la paloma cándida
Persiguen los gavilanes
Con sus destructoras garras.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de gró gris rosado con volantes de trecho en trecho y en los de encima rizado de cinta. Monillo abierto de solapa adornada con dos volantes: mangas formadas de cuatro buches; dos volantes en el hombro y uno al puño: cinturón con hebilla. Manguitos de tul á buches y lazos de terciopelo punzó. Camisón de tul con rizado al cuello. Adorno de cabeza á la oriental de terciopelo punzó bordado de oro y borlas argelinas de oro. Guantes Suecia.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de *moiré antique* azul oscuro con dos enaguas, cojida la segunda con un adorno al lado izquierdo compuesto de un plegado de cinta rodeado de encaje negro terminando con un lazo duquesa, de encaje. Monillo alto liso y abotonado: mangas lisas con hombreras formadas de cintas plegadas y encaje negro. Sombrero de crespon blanco cubierto de tul negro y adornado de plumas rizadas: en el interior del ala bandó de terciopelo azul: cabos largos de cinta blanca ribeteada de azul. Cuello y mangas de encaje. Guantes paja. Brazaletes de oro y coral.

ADVERTENCIA.

En el próximo número insertaremos el artículo de Modas de París, que por motivos ajenos á nuestra voluntad no ha podido tener cabida en el presente.

SUMARIO.—UN NIDO DE PALOMAS, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.—LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—LA VIRGEN DE SANCHO ABARCA, por Doña Felicitas Asin de Carrillo.—YÁ ES TIEMPO, poesía de D. Víctor Caballero y Valero.—ROMANCES, por D. Juan M. de Arrambide.—A JULIETA, por D. Eduardo Galluzo.—LA MUJER DE SU CASA, por D. Fernando Martínez Pedrosa.—REVISTA PARISIENSE, por el Novelero.—A MARÍA DE LOS ANGELES, MUERTA Á LOS 21 AÑOS DE EDAD, por D. Servando Marassi y Granados.—SOBRE LA DECADENCIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, artículo 3º,

por D. B. Díaz de Rivera.—EL AIRE Y EL AGUA, por D. José Selgas.—EN MI SALIDA DE TETUAN, por D. Francisco de la Escosura y Escosura.—LA CARIDAD, Oda por la Marquesa del Surco.—EL MAL APÓSTOL Y EL BUEN LADRON, por D. Francisco Flores Arenas.—NUEVA URNA SEPULCRAL DEL SANTO ENTIERRO, por D. Francisco Flores Arenas.—TROZOS DE POESÍA.—ADVERTENCIA.—GEROGLÍFICO.

LAMINAS.—Grabado en acero.—Figurin de trajes para Señoras.—Hoja doble de patrones y bordados.—Hoja de música.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Antes que te cases mira lo que haces.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.



AGUA,
ETUAN,
a.—La
o.—El
Francis-
AL DEL
es Are-
GERO-

de tra-
s y bor-

OR.

DEZ.

édica á
ta de la



AD



Ne peut être reproduit.

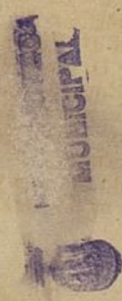
Imp. Ma.
239



LA MODA
Cadiz

1860.

Ayuntamiento de Madrid





LA
min
rep
SU
I
P
B
D
D
—
n
La
Cádi
giosi
curre
y pro
los sa
comp
esper
La
ves e
jeto d
como
dar c
dieron
tan de
la mas
así en
nada
fórmul
mo Pr
está fa
escogic
canóni
blacion
Lást
pal no
natural
mos m
qué es
Vergüe
fuera de
eleganci
n una
do, de c